

BOLSIBROS BARQUERA



SERIE
LA HUELLA

Silver KANE

CONSPIRACY





eb

SILVER KANE

CONSPIRATY

Colección LA HUELLA n.º 60
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B 39131-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: diciembre, 1975
© Silver Kane - 1975
© Cubierta: Desilo - 1975

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

LA CIUDAD QUE NO EXISTÍA

Los faros del coche, un modesto «Escort» que tenía la ventaja de gastar poco, iluminaron el trecho de la carretera y dieron de lleno en el cartel reflectante que había al borde de la misma. El cartel indicaba: «WELCOME TO MORELAND, A FINEST CITY».

Robert, que estaba al volante, puso un momento las luces largas porque creía no haber visto bien, pero el chorro de luz le confirmó lo que sus ojos le habían anunciado. En efecto, el indicador estaba allí. Indicaba a los visitantes que Moreland era una bonita ciudad y les daba la bienvenida. Eso no tenía nada de extraño, porque había bastantes lugares de la zona del Delaware que tenían la misma cortesía con los que llegaban a ellas. No tenía nada de extraño a no haber sido porque...

Marian preguntó mientras cruzaba atrevidamente las piernas:

—¿Qué te pasa?

—Nada...

—Pues has puesto las luces largas como si no vieras bien. Y tienes una cara que ni que estuvieras delante de tu propio entierro. ¿Qué tiene de raro esa indicación?

—Nada, excepto que la semana pasada no estaba ahí.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno... Yo soy viajante. Soy el viajante preferido de tu jefe. El que más vende, y el que más millas hace en su coche al cabo del año. ¿Qué voy a explicarte? Robert el Tragamillas. Así me llaman. Me he recorrido todos los lugares de la cuenca del río Delaware y la semana pasada crucé por aquí. Ese indicador no estaba.

—Pero la ciudad existía, ¿no? ¿O me vas a hacer creer que estamos viendo una alucinación?

—Claro que existía, pero no vivía nadie en ella. La habían evacuado porque iba a ser construida una presa que la inundaría. Todo estaba silencioso, oscuro y quieto como una tumba. Tiendas cerradas, casas oscuras, ni un alma en las calles... Incluso en vez de ese indicador había un aviso diciendo que la carretera iba a ser cortada al tráfico en un plazo de diez días. Y ahora ya ves... La verdad es que no lo entiendo. Ahora parece como si la ciudad acabara de ser inaugurada.

En efecto, había luces en la Main Street y se distinguían un par de escaparates iluminados, aunque en las calles seguía sin haber nadie. La sensación que daba todo aquel vacío era dulce y al mismo tiempo repelente y hosca. Uno tenía la sensación de meterse en una trampa, y no sabía por qué. Daban ganas de volver atrás.

Pero ya estaban allí, y además la carretera era demasiado estrecha para hacer maniobra con comodidad y largarse en dirección opuesta. Por otra parte, él no había traído a Marian tan lejos para ahora hacer más millas en busca de un sitio confortable.

Marian se desperezó, cruzó las piernas de forma más incitante aún —aunque sin pretenderlo, pues Robert ya estaba bastante «incitado»— y dijo, con voz plañidera:

—Pues sí que nos han chafado el plan.

Robert no lo comprendía.

Con gusto hubiera vuelto atrás, porque en Moreland había algo fantasmal que le llegaba hasta el fondo de los nervios, algo que le asustaba y se le hacía difícil de entender. Pero Marian se le había puesto bastante difícil en los últimos tiempos y no era cuestión de desaprovechar la oportunidad ahora.

—Bueno —dijo encogiéndose de hombros—, si hay gente nos quedaremos igualmente. Aquí no creo que vengan a investigar los detectives que de vez en cuando contrata tu marido. Nos metemos en un hotel y en paz.

—¿Un hotel? En caso de que lo haya.

—Claro que tiene que haberlo. Mira.

Unas luces parpadeaban en la lejanía. El «Escort», arrancó, y se acercaron. Las luces resultaban cada vez más concretas y prometedoras. Decían «Inn»... «Inn»... «Inn». Por lo tanto se trataba

de una posada.

—Mira —dijo Robert—, incluso hay policía.

En efecto, una de las dos o tres casas en que había luz mostraba una pequeña y polvorienta oficina en que dormitaban dos agentes. Otro estaba junto a la acera montado en su moto, una potente «Harley Davidson». Les dirigió una mirada al pasar, pero eso fue todo. En la puerta del hotel se encontraba un tipo medio muerto de asco, con las manos en los bolsillos.

Robert dijo con voz insinuante:

—De todos modos vamos a pasar la noche aquí, nena.

Y se apeó. Ella le siguió con gestos inseguros. No sólo se entendía con el desgraciado de Robert, sino con otros varios, entre ellos el jefe, y últimamente su marido había contratado a un par de detectives para que metiesen las narices allí donde no les importaba. Los había contratado para saber los antros en que ella se metía. Por eso los hoteles le disgustaban, ya que en los hoteles hay ficheros y siempre quedan huellas.

Pero, en fin, ya que estaban allí, había que portarse como «una mujer decente».

El de la puerta les miró con una sonrisa.

—Hola, amigos. ¿Buscan habitación?

—Pues sí, precisamente —dijo Robert—. ¿Cómo lo ha adivinado?

—No sé. Se nota que necesitan un descanso.

—Ya que lo dice, nos quedaremos. ¿Hay que llenar ficha?

—No, no hace falta.

—Magnífico. ¿Usted es el dueño?

—No. Justo porque no soy el dueño. Si no lleno ficha, figura como si las habitaciones, no las hubiera alquilado y me embolso yo el dinero.

Robert rió con la ilusión de un niño.

—Magnífico —dijo—. Magnífico... Vamos a pasar la noche aquí, ¿sabe? Por cierto... Oiga: Hace una semana no había nadie en Moreland.

—¿Quién le ha dicho que no había nadie?

—Yo pasé.

—Pues debió fijarse mal. Hace una semana, el hotel estaba abierto.

Robert se frotó un momento los ojos porque aquello le daba motivos para pensar que empezaba a estar mal de la azotea. Y encima Marian le miraba con la desconfianza propia de la mujer que piensa que va a pasar unas horas con un subnormal. Por eso no quiso complicar las cosas y dijo nerviosamente:

—Pues claro... Debí fijarme mal: eso es. Hala, denos la habitación en seguida.

El empleado giró hacia el tablero de las llaves.

Y en aquel momento la voz dijo desde la puerta.

—Oiga.

Robert se volvió.

Otra vez le pareció una alucinación ver allí al agente de tráfico, aunque ahora iba sin la moto. Clavaba en él unos ojos acerados y duros mientras en sus manos descansaba el bloc de multas.

—Se ha pasado usted la luz roja —dijo.

—¿Qué?

—La luz roja a la entrada de la población. El semáforo. No me venga ahora con que no se ha dado cuenta.

Robert bizqueó.

Bueno, aquello ya era demasiado.

Él no había bebido alcohol en diez días... Tampoco se drogaba. Tenía unos ojos que funcionaban bien. Y un cerebro con el peso normal. En la escuela primaria había sido el primero de la clase. No existía motivo para que le trataran como a un loco.

—No hay ningún semáforo —dijo—. ¿Y qué maldita falta haría si tampoco hay ningún cruce?

—¿Pretende burlarse de mí? —Gruñó el agente.

—¿Y usted de mí?

—Oiga, no complique las cosas —musitó el hotelero junto a Robert—. Este agente tiene mala baba. Y hay un semáforo, aunque usted no se haya dado cuenta. Mejor será que pague la multa.

—De acuerdo —gruñó el frustrado galán resignadamente—. ¡Con tal de que nos dejen dormir en paz! ¿De cuánto es la multa?

—Cien dólares —dijo el agente.

—¿Cu... cuánto?

—Cien dólares.

—Oiga, la multa máxima por saltarse una luz en una ciudad pequeña es de veinticinco. ¡Si lo sabré yo!

—Mejor lo sé yo que usted —dijo el agente, imperturbable—. ¿Paga o prefiere pasar la noche en la cárcel?

—No tengo dinero suficiente —tartajeó Robert.

—Eso puede arreglarse en cinco minutos. Venga ante el sargento de guardia y firme la nota. Luego, si quiere, presenta recurso contra la multa. Acompañeme.

Robert miró desolado a Marian. Las facciones de ésta se habían oscurecido.

—Estoy segura de que no había ningún semáforo —musitó la mujer.

—No hagas caso; estos guardias de pueblo son la monda. A lo mejor lo han pintado en una pared. Ve a la habitación y espérame, dentro de cinco minutos estoy de vuelta.

—Eso es —dijo el dueño del hotel—. Vaya a la habitación.

Y le entregó una llave marcada con el número 17.

—Te espero —dijo Marian.

Y subió a pie. El ascensor no funcionaba. En las viejas escaleras palpitaba una terrible sensación de abandono. Sólo faltaban las ratas.

Parecía como si Robert tuviese razón. Como si aquella condenada ciudad, una semana antes, no existiera como tal ciudad. Igual que si hubiera surgido de repente, brotando de su propia tumba, pero con esa especie de irrealidad de los resucitados y los fantasmas.

Había en ella algo de viscoso.

De incierto.

Como si las manos tocaran paredes que hubieran de convertirse en humo.

Marian entró en la habitación.

La 17.

Y vio entonces a la muerta. La chica cosida a puñaladas en la cama. La muchacha que había sido bonita. La hembra bañada en una especie de charco formado por su propia sangre.

CAPÍTULO II

LA CAZA DEL CONEJO

Robert también tenía aquella sensación de irrealidad cuando avanzaba por la calle vacía. Si hubiera leído al escritor Kafka hubiese podido entender un poco tal vez las impresiones que le dominaban en este momento: la impresión de lo absurdo, de las cosas que no son, pero que, sin embargo, están ante nosotros, las cosas que nos envuelven y sin embargo, no han existido nunca.

Pero Robert sólo leía a Harold Robbins, cuando tenía tiempo para leer algo. Por eso no supo comprender lo que sentía, pero estaba seguro de que una semana antes la población estaba también así, hosca y vacía como una tumba. Daba la sensación de que sólo habían abierto el hotel y el cuartelillo de policía. Lo demás estaba muerto.

Entró en la oficina mal iluminada.

Un sargento con cara de buey le miró como si lo tuviera a una infinita distancia.

—¿De qué acusan a ése? —preguntó.

El motorista que iba detrás dijo con voz opaca.

—Asesinato.

Robert por poco da un salto. Aquello ya sobrepasaba los límites de lo irreal, de lo absurdo y hasta de lo posible. O había tomado LSD sin darse cuenta o se estaban burlando de él. Pero la expresión hermética del sargento le indicó que no, que aquel tipo estaba pensando realmente que él era un asesino.

—Eso es grave —dijo el de los galones.

—¿Pero... pero qué insinúa?

—Eso es grave, y nosotros no queremos líos. Ya no se trata de haberse saltado un semáforo, sino de algo mucho más serio. Le aconsejo que huya. Nosotros no queremos líos tan grandes. Huya.

Robert bizqueó.

Jamás se había encontrado ante algo tan irreal, tan absurdo, tan imposible.

Pero una sola palabra estaba clara en todo aquel galimatías del infierno: «Huya». Robert estaba seguro de que las cosas se aclararían si volvía junto a Marian. Ella era una chica con sentido común. Subirían al coche y se largarían para siempre de aquel sitio donde hasta los policías estaban locos.

—De verdad le aseguro que no queremos jaleos tan importantes —dijo el sargento—. Trataremos de olvidar lo sucedido, pero no nos meta en ningún lío. Mejor que no le veamos más. Lárguese. ¡Lárguese!

Robert lo entendió perfectamente. No esperaba otra cosa. Volvió la espalda y miró aterrado las luces de la calle. Con las facciones desencajadas, echó a correr.

Vio las luces del hotel.

Los reflejos de un escaparate donde se leía: «MODES», así, en francés, como si se tratara de una *boutique* de lujo. En ese escaparate había un maniquí de cera, pero desnudo. Era una imitación tan perfecta que daba la sensación de una ninfa expuesta allí, sin nada encima, a la admiración del público. Vio también los reflejos de otro escaparate donde se leía: «MORTUARY SHOP». Nada menos que una tienda de artículos funerarios. En el escaparate se distinguían una corona de flores artificiales y un ataúd. La sensación de irrealidad que envolvía a Robert se hizo insoportable, se hizo angustiosa, casi mortal.

Y entonces la voz del sargento, gritó a su espalda:

—¡A ver quién lo mata primero, muchachos!

El motorista hizo fuego con su pistola reglamentaria, mientras otro de los guardias empleaba un rifle calibre 22. Las balas rozaron a Robert y se empotraron en el suelo, mientras el desdichado empezaba a correr como un conejo.

—¿Pero es qué no tenéis puntería? ¡Dadle!

Otra vez la voz del sargento.

Y otra vez los disparos.

Un fulano que estaba en un tejado también manejaba un rifle del
22.

Fue éste el que le alcanzó.

Robert seguía corriendo como un conejo.

Y la bala penetró en su espalda.

Cayó, dando una terrible voltereta sobre el polvo.

Otra bala le destrozó la pierna.

Robert estaba espantosamente quieto, arañando la tierra. Sólo sus dedos se movían. Ahora sabía que iba a morir. Y, curiosamente, eso no le daba tanto miedo como la sensación de lo absurdo, como la sensación de lo irreal. Sus ojos desencajados miraron el vacío. Intentó arrastrarse hacia el otro lado de la calle.

Una bala de pistola le voló la cabeza.

Y ahora sí que Robert quedó espantosamente quieto, quieto del todo. Ahora sí que no se movieron ni sus dedos. Su boca se torció y quedó así para siempre. El gemido de la muerte se llevó su última y desesperada pregunta, aquella que ya no sería contestada nunca.

—¿Pero...?

CAPÍTULO III

LA CAZA DE LA ZORRA

Marian necesitó mirar dos veces aquel bulto que yacía en la cama, aquella especie de piltrafa rebozada en su propia sangre, aquel cuerpo deshecho que había pertenecido a una mujer joven y bonita.

Su cerebro pareció llenarse de luces que se encendían y se apagaban. Sus nervios estallaron. De su garganta escapó un chillido visceral, alucinante, un grito que estaba más allá de la muerte y que llegó hasta el último rincón de la ciudad vacía.

¿Vacía?

¿Es que ella no llegaba a captar el aliento caliente del hombre a su espalda?

¿Es que no se daba cuenta de qué unas manos iban a sujetarla?

Marian no advertía nada de eso para Marian sólo había una única y alucinante verdad: aquella pobre muchacha había sido ultrajada antes de morir. Y estaba, en la misma cama que le habían destinado a ella. ¡La que le habían destinado a ella...!

Intentó girar.

Tenía que huir.

¡Tenía que lograrlo como fuese!

Y entonces oyó aquellos disparos, los disparos que llenaban la calle. Oyó un grito de muerte que tenía que haber partido de la garganta de Robert. Se dio cuenta de que había alguien a su espalda: el dueño del hotel y un policía la acechaban con las manos tensas.

Todo el cuerpo de la mujer salió disparado. Pareció un arco al que han soltado de repente. Siguiendo un impulso brutal en el que

no intervino su voluntad, saltó hacia la ventana. La rompió con el peso de su cuerpo y rodó por la calle.

Vio a Robert muerto a poca distancia.

Todo aquello era tan absurdo, tan alucinante que su cerebro se negaba a admitirlo. Se había producido en él una especie de cortocircuito. Veía las cosas, las recogía como una máquina fotográfica, pero no podía juzgarlas. Era como si las viese otra.

Sobreponiéndose al dolor terrible de todo su cuerpo, pudo ponerse en pie y echó a correr. Se movía en zigzag, y de una forma extraña, como una zorra que trata de escapar a sus perseguidores. Pero ya estaba acorralada y no podría huir. El cerco se había hecho implacable.

Una voz gritó:

—¡Que no escape! ¡Atrapad a la zorra!

Con los ojos desenchajados, con la boca convertida en una mancha sangrienta, lanzando murmullos ininteligibles y cayendo a cada paso, Marian se acercó a aquel escaparate increíble, aquel escaparate donde se leía: «MORTUARY SHOP». Vio el ataúd, vio las luces eléctricas y oyó de nuevo aquella voz:

—¡Que no escape la zorra...!

Sus piernas fallaron. La caída desde la ventana había sido demasiado violenta y tenía algo roto. No podía más. Vio entonces, como en una visión de pesadilla, que el policía se arrojaba sobre ella.

—¡Ya la tengo...!

Los dos rodaron por tierra. Otras manos la sujetaron. Una fuerza inhumana la empujó hacia el interior de una tienda.

Alguien cayó sobre ella.

Un cuerpo estrujó el suyo.

Y el grito lacerante se arrastró por la ciudad. Los dedos de Marian arañaron el suelo como lo habían hecho los de Robert antes de morir. Y ella supo desesperadamente que le iba a ocurrir lo mismo.

Sólo que su muerte tenía que ser aún más sucia.

Más miserable.

Más lenta.

CAPÍTULO IV

EL HONORABLE BANNISTER RANK

La placa dorada y elegante, grabada por uno de los mejores orfebres de la ciudad, decía en letras inglesas:

BANNISTER RANK ALTA INFORMACIÓN PRIVADA

Era una de esas placas que tienen los detectives de lujo, los investigadores de Riverside Drive o de Madison Avenue. El despacho también era de categoría: butacas «Chester» de impecable cuero inglés, moqueta de lana de dos dedos de grueso, estanterías de nogal, cuadros del más ingenuo estilo naif, equipos estereofónicos por todas partes, secretarias guapas enseñando hasta mucho más arriba de la rodilla...

Así daba gusto ser detective privado en Nueva York. Debía producir una sensación de euforia casi gloriosa haber llegado tan alto.

Desde las ventanas del piso setenta, se divisaba casi toda la bahía del Hudson. La vista estaba orientada hacia la parte elegante del East Side y hacia Long Island City. Al despacho no llegaban los rumores, los bocinados, la miseria ni la basura de la ciudad. Hasta allí sólo llegaban los runruneos de las secretarias y los murmullos discretos de los clientes.

Lugan, el famoso abogado de Boston, dijo contemplando todo aquello con expresión admirada:

—Tienes un despacho magnífico Ban. Mejor que el mío en Boston. Mucho mejor. Y eso que mis clientes son los principales

banqueros de la ciudad. Chico, debes ganar una cantidad de pasta impresionante. Aquí te forras.

Y Porter, el senador que manejaba más fondos que el «Chase Manhattan Bank» dijo con la misma expresión admirada:

—¿Te acuerdas de cuando no teníamos un níquel e íbamos mendigando un «perro caliente» por las calles de la ciudad? ¿Eh? ¿Te acuerdas?

Porque los tres habían sido pobres, pero los tres estaban ahora en la cúspide. Los tres habían conocido la angustia, la miseria, la basura de Nueva York que ahora no les alcanzaban. Los tres podían mirar su pasado desde la altura de los que ya lo tienen todo, de los que ya lo han conseguido todo, y además en plena juventud.

El más joven de los tres era Bannister Rank, que acababa de cumplir treinta años. Su complexión atlética y al mismo tiempo su aire distinto de perfecto *gentleman* le daba un aspecto distinto del de los otros hombres, un aspecto difícil de olvidar. No era extraño que algunas de las hermosas secretarias le miraran con los ojos turbios. Los otros dos hombres —el senador y el abogado de lujo—, constataron ese detalle con envidia.

Bannister susurró mientras les ofrecía los vasos de *whisky* que la secretaria había traído en una bandeja de plata:

—En realidad no es que las cosas me vayan demasiado bien. Todo es fachada, ¿sabéis? Promoción publicitaria. *Marketing*. Mis clientes no son tan importantes como todo eso. No dan para tanto.

—Je, je... No nos vas a hacer creer que tienes deudas —dijo el senador.

—Aquí la riqueza se huele, muchacho —opinó el banquero—. Ese cuadro de Modigliani, por ejemplo, es auténtico. Podrías tener una reproducción, pues en Nueva York se hacen algunas estupendas, y darías el pego. Pero no. Es auténtico. ¿Y qué me dices del equipo de dictáfonos? Son el equipo especial de la casa «Honey». Yo mismo no he podido comprarlos por lo caros que resultan. Y hasta tienes un cerebro electrónico para los cálculos de la oficina, un cerebro de doscientos mil dólares. Es asombroso.

—Os repito que es pura fachada, mis clientes no tienen tanta importancia.

Una secretaria le avisó en aquel momento:

—Señor Bannister, perdone. Le llaman de la Casa Blanca.

Y otra:

—El señor Guy Rotschild de la Banca Rotschild, ha anunciado su visita para mañana a las once.

Y una tercera:

—La secretaria de la señora viuda de Kennedy, viuda de Onassis, ha dicho que volverá a telefonar.

Los dos visitantes estaban asombrados.

Fascinados casi.

Nunca habían visto riqueza e influencias semejantes.

—Chico, te felicito —dijo el senador—. Vuelvo a Boston impresionado. Si tengo asuntos, ya te los encargaré, aunque dudo poseer dinero bastante para pagar tus honorarios.

—A ti te lo haré gratis, Porter.

El abogado le estrechó la mano.

—No quiero entretenerte. Eres un hombre tan ocupado que cada minuto que nos dedicas vale una montaña de dólares. Por cierto... ¡ejem!... Si tienes algún asuntillo legal con la Casa Blanca ya me lo pasarás, ¿eh?

Bannister rió.

Era la imagen perfecta del hombre joven y triunfador, sano, fuerte, que ha llegado a la cima y que tiene todo lo que una persona sensible, ambiciosa y culta, puede ambicionar: dinero, coches de alta calidad, billete abierto en todas las compañías aéreas, obras de arte, miles de libros, despachos lujosos, apartamentos en el Caribe... Todo.

Y sin embargo se le veía modesto.

Seguía riendo con cierta timidez.

—Estoy encantado de que hayáis venido, muchachos. ¿No podéis aceptar esa invitación para comer en la Octava Avenida, recordando los viejos tiempos?

—No, Ban, ya te dijimos que estábamos aquí de paso. No sé cuánto tiempo tardaremos en vemos otra vez, la impresión que nos llevamos es maravillosa. Casi apabullante, chico. Nos has sacado ventaja en todo.

Ban susurró:

—Cuando pueda iré a veros yo, ¡pero estoy tan ocupado...!

Les acompañó hasta la puerta del lujoso ascensor, mientras un enjambre de hermosas secretarias pululaban en torno suyo. Al

senador millonario y al abogado de lujo se les caía la baba. Cuando llegaron a la calle, al nivel del Nueva York, vulgar, donde se movía y donde reventaba la gente, casi no podían creer aún que en tan pocos años, y sin ayuda de nadie, se pudiera llegar a un nivel profesional tan alto.

Bannister Rank quedó solo.

Las secretarias seguían mirándole con los ojos turbios.

Se le insinuaban.

Eran mujeres hambrientas que quizá estaban hartas de los horarios de su oficina y de la vulgaridad de sus vidas.

Una musitó:

—Ya han salido del *parking*, señor. Ya se han ido en sus coches. Lo he visto por el circuito cerrado de televisión.

—Gracias, señorita.

—¿Nada más, señor Bannister?

—Nada más, muchas gracias. Llamaré al señor Holán. Y ahora buenos días. De veras les estoy muy agradecido por lo que han hecho.

Y salió.

Miró la magnífica placa grabada en letra inglesa: «Bannister Rank. - Alta Investigación Privada».

Un operario se disponía a desatornillarla.

—¿Puedo, señor? —preguntó.

—Sí. Claro que puede. Muchas gracias.

Y se alejó.

En el *parking*, junto a los majestuosos «Lincoln95», «Rolls», «Mercedes», «Jaguar», «Citroën-Maserati», «Mustang» y «Cadillac» de los propietarios del inmueble, descansaba un viejo «Studebaker» que debía haber hecho ya cuatro o cinco guerras. La tapicería estaba ajada y las marchas no entraban bien. El honorable Bannister Rank montó en él, vio la mueca de asco que hacía el encargado y salió a la calle.

Rodó hacia el lower Manhattan, hacia la parte baja de la ciudad, hacia el Bowery, el Chinatown, la Bateery, hacia los cubículos de Greenwich Village, hacia las profundidades de la Avenida Doce, a los sitios donde estaban las funerarias de tercera, las pensiones de cuarta y las prostitutas de quinta, Rodó hacia los *parkings* de medio pelo donde los propios encargados te robaban el coche, hacia los

recintos portuarios donde los invertidos le pedían a uno lumbre, hacia los despachos cuyo dueño tenía que venir a cobrar el alquiler provisto de una metralleta, no fuera que el inquilino le atracase. En una esquina de la Avenida Once y la Calle Once (al menos era capicúa), dejó su ostentoso coche e hizo a pie el poco trecho que le faltaba.

Un vecino gritó:

—Eh, Bah, ¿dejas eso ahí?

«Eso» era el coche.

—Sí, ¿por qué?

—Yo, en tu lugar, me lo llevarla. Va a pasar la Brigada Raticida.

—Pues ten cuidado no pesquen a tu mujer, chato.

—Ya no pueden.

—¿Por qué?

—Le echaron veneno la semana pasada.

Y el tío se puso a reír a mandíbula batiente en la ventana mientras desde arriba unos mulatos empezaban a escupir a ver quién hacía puntería en la calva. El joven detective impecablemente vestido pasó por delante de una tiendecilla y se detuvo. La tiendecilla era de un sastre griego llamado nada menos Techupo Latripa. El anuncio publicitario que ocupaba toda la puerta decía: «SE ALQUILA ROPA. SE COMPAN TRAJES DE DIFUNTOS EN BUEN USO».

No quedaba bien claro si lo que tenía que estar en buen uso eran los trajes o los difuntos.

En fin, eso importaba poco.

Bannister dijo desde la entrada:

—Te pagaré el traje la semana próxima, Tech.

—Bueno, hombre, pero no te olvides o tendré que contratar un detective.

Y también se rió. Todo el mundo allí parecía pasárselo bomba menos el hombre que sacaron muerto por una ventana de una planta baja. La policía daba empujones a diestro y siniestro:

—¡Vamos, circulen! ¡Circulen! ¡Hagan sitio para la ambulancia! ¡Hagan sitio...!

El joven dobló la esquina y se encontró ante la placa. Ésta no era dorada, sino de latón plateado. Y no tenía tantas pretensiones. No decía nada de «Alta Investigación». Solamente proclamaba:

BANNISTER RANK. - INVESTIGADOR SE ACEPTAN TODA
CLASE DE ASUNTOS SE ADMITEN ABONOS Y PAGOS A PLAZOS

Entró en el local. Era una planta baja.

La secretaria, la señorita Garbo, se estaba ajustando una media.

Ban no miró.

La media era tentadora. Fina. Selecta. «Christian Dior».

Pero la señorita Garbo no.

La señorita Garbo rondaba los sesenta años.

Allí estaba el Nueva York pobre, violento, el Nueva York sin esperanza, el que se ahoga en su propia basura y sus propias contradicciones. El Nueva York de los que no han encontrado un buen hogar todavía y el de los que ya no lo encontrarán nunca. El de las tiendas de ropa usada. El de los fulanos con doble documentación. El de los hombres de color que no quieren vivir en Harlem. El de los médicos que practican abortos. El de los abogados y los detectives de mala muerte.

La secretaria dijo:

—Han llamado de la Secretaría de Hacienda, Ban.

Él se sobresaltó.

—¿Qué pasa? ¿Van a encargarme algún asunto?

—No. Dan el último aviso. El lunes pasarán, a cobrar los impuestos del año pasado.

Bannister se desmoronó.

—Ah... —dijo.

Y se sentó ante el teléfono, en su cascada mesa de despacho. No tuvo más remedio que mirar a la señorita Garbo, que ahora le enseñaba las dos piernas.

—¿Le gustan? —susurró.

—¿El qué?

—Las medias. Bueno... Todo.

—¿Por qué no se va a almorzar, Sally?

—Usted nunca aprenderá, Ban. Nunca será feliz, nunca entenderá que una mujer de mi edad sabe más cosas que una jovencita...

«Entre ellas una realmente buena —pensó Bannister—: No cobrar el sueldo puntualmente».

Y sonrió con un gesto de amistad, pero la otra creyó que se

cachondeaba encima.

—Usted se lo pierde —dijo con gesto ofendido—. Ahí se pudra.

Y salió a comer un menú de dos dólares, porque la cosa no daba para más. Ban descolgó el teléfono y marcó el número personal de Nolan, el investigador privado más elegante y caro de Nueva York.

Cuando éste descolgó, tenía una secretaria sobre las rodillas.

También con medias «Christian Dior». Pero ésta con unas piernas sugestivas debajo de la seda.

—Eh, Ban —dijo amistosamente.

—Me has hecho el favor de mi vida, Nolan.

—¿Por dejarte poner una placa en lugar de la mía y usar el despacho como si fueras el dueño durante una hora? No tiene importancia, hombre. Tú te jugaste la vida por mí hace un año. Y si quieres trabajar alguna vez para mí, ya lo sabes...

—No, Nolan, gracias. Prefiero ser independiente, y además tus clientes no quedarían satisfechos con mi trato.

—Bueno... ¡ejem...! Eso puede que sea cierto. Yo trato con gente de muchas ínfulas, y tú eres un detective de barrio bajo. Sin ofender, claro. A cada uno su mérito.

—Sí, Nolan, y cada uno su ambiente. No sabes el favor que me has hecho.

—Las secretarias dicen que tus amigos han quedado impresionados.

—Sí, Nolan: tanto que me avergüenzo. Pero no podía mostrarles con toda la desnudez mi hundimiento ni mi fracaso, ¿entiendes? No podía. Hace seis meses más o menos nos reunimos en Washington los antiguos condiscípulos de la Universidad, los compañeros que llevábamos años sin vemos y que entonces ya estábamos desperdigados por todo el país. Me sentí moralmente hundido, ¿comprendes? Fue una fiesta de aniversario que me destrozó, que me liquidó. Unos eran abogados de fama; otros financieros ilustres; algunos habían llegado muy alto en política... Sólo yo era un miserable, un tipejo salido de lo más profundo del barrio bajo. Cuando me preguntaron dónde tenía mi despacho de Nueva York, se me ocurrió... Bueno, reconozco que fue estúpido. Se me ocurrió dar tu dirección, pensando que jamás tendrían ocasión de comprobarlo, Pero hace pocos días dos viejos amigos me telefonearon diciendo que iban a venir de visita a Nueva York y me

encontré en un callejón sin salida. No sabes el favor que me has hecho, Nolan. No puedes saberlo.

—No te preocupes, hombre. La placa ya está fuera y han puesto la mía. Has sido tan discreto que no has pellizcado a mis secretarias ni te has bebido mi *whisky*. Por cierto, hablando de secretarias...

Y colgó.

La que estaba en sus rodillas protesté:

—Tanto hablar..., tanto hablar... No te ocupas de una...

Por toda respuesta, Nolan se limitó a hacerle cosquillas.

* * *

Bannister colgó también.

En fin, la aventura y la comedia habían terminado. Ante él sólo quedaba la ración de basura de cada día: pequeñas facturas impagadas, empleados de mala muerte que se habían fugado con cien dólares, maridos que denunciaban a su mujer porque se habían olvidado la combinación en la cama del vecino, muchachos acusados de ladronzuelos y que buscaban pruebas para su defensa...

Miseria. El Nueva York de los eternos hambrientos. El Nueva York de las fábricas que están pegadas a los cementerios. El Nueva York de la muerte.

Ban alzó la cabeza.

Y entonces vio al tipejo.

Había entrado sin llamar.

Era un mulato. Daba vueltas a un grasiento sombrero nerviosamente. Trataba de sonreír, pero eso demostraba que le faltaban todos los dientes de la parte derecha de la boca.

—Señor Bannister —dijo, con timidez—. No estaba su secretaria.

—No se preocupe. Siéntese.

Y Bannister pensó: «Otro asunto de hambre. Se le habrá fugado su mujer con otro que tiene la boca entera. Y querrá que la busque antes de que el otro la deje marcada de un mordisco».

Pero el mulato susurró:

—Señor Bannister, ha violado mi hija.

Y puso doscientos dólares sobre la mesa.

No era una mala cifra para empezar. Ban susurró:

—¿Quién le ha dicho que voy a aceptar?

—No tengo gran cosa más.

—No se trata de dinero.

—Pues si no se trata de dinero, usted aceptará. Sé muy bien que esas cosas no las suelta. Antes de que usted viniera a caer a este mortífero barrio, yo le conocía de la Calle Cincuenta, señor Bannister. Aquél era otro ambiente.

—Y lo de la Calle Cincuenta es otra historia —dijo Ban—. Ya ni me acuerdo de ella.

—Claro que se acuerda. Se acuerda perfectamente de aquella chica de la que estaba enamorado. Aquella que fue ultrajada por dos tipos con pasta larga. Usted hirió a uno de ellos y detuvo al otro, pero el tribunal los absolvió. Resultado para usted: seis meses de condena por lesiones y un año de suspensión de la licencia. La ruina para un hombre que empezaba. Y lo peor era el aspecto moral, ¿no? Supongo que usted se hundió. De esto a las borracheras había un paso. Y de las borracheras al barrio de los slums había sólo medio.

Ban no contestó. Permaneció impasible.

Eran viejos recuerdos.

Cosas que habían marcado su vida, pero que quería olvidar, cosas que no debían tener importancia para él y menos para los otros. Pero sabía que en su fondo seguían latiendo como una mano que aún le estrujaba.

—¿Su hija ha sido violada? —musité.

—Desgraciadamente, ya no.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que salía con cualquiera, pero, eso sí, a buena chica no la ganaba nadie. Dólar que ganaba con su sudor, dólar que entraba en casa. Dinero no le dejaré, pero educación y buenos modos sí que le he dado.

—Ya veo, ya.

—No era de las que se van, ¿sabe? Tenía clientes buenos que hablaban de unas vacaciones en Miami pero ella nunca les hizo caso. Irse con uno hubiera sido engañar a los otros, ¿no? Eso hubiera sido indecente.

—Claro —opinó Ban—. Una indecencia atroz.

—Y ahora hace una semana que falta. Estoy seguro de que no se ha ido con un amigo, sino que le ha ocurrido algo muy grave, tan grave que no lo puedo imaginar siquiera. Le daré todo lo que tengo

con tal de que la encuentre.

Ban se encogió de hombros.

Era un asunto como tantos otros. Ni más ni menos turbio que tantos otros. Podía aceptarlo sin menoscabo de su «honra profesional».

Se embolsó los doscientos dólares antes de que el otro se arrepintiera.

—¿Quién era su «protector»? —preguntó.

—¿Qué dices?

—Su chulo, su matón, su hombre. Toda profesional acabateniéndolo, por desgracia para ella. Acostumbrada a venderse, necesita de vez en cuando darse a alguien que crea en su dignidad de mujer. No se haga ilusiones porque ella también lo tenía. ¿Quién era?

—No se enfrente con él, señor Bannister.

—¿Quién era?

—Burgess.

—¿Dirección?

—Elmer, 84, sótano.

Ban se puso en pie.

—Vuelva mañana —dijo—. Sabré algo.

Y salió de allí.

Fue a la calle Elmer, en los lindes de Greenwich Village. Allí había predicadores de sectas extrañas. Despachos donde se iniciaba a la gente en el vudú. Un banderín de enganche para una asociación nazi. Una masajista llamada «Las delicias de Tahití». Un famoso marica llamado «La Chelo». Una oficina de impuestos.

Lo más asqueroso del barrio era la oficiala de impuestos.

Ban se tapó las narices al pasar.

Y se metió en la dirección indicada.

La casa estaba apuntalada y vacía. Sólo Burgess debía vivir en ella. Amenazaba ruina por los cuatro costados, y habían caído hasta las antenas de la televisión. En las ventanas vacías empezaban a hacerse el amor los gatos.

Ban sabía cómo terminaría aquello.

Burgess habría «vendido» su chica a otro, como quien vende una propiedad privada.

Tendría que arrancarle el nombre de ese otro mientras le

arrancaba unos cuantos dientes.

Y luego tendría que ir a ver al nuevo dueño.

Y arrancarle la piel mientras le quitaba la chica.

Luego todos tan amigos. A tomar unas copas por el barrio y a hablar de los buenos tiempos que iban a llegar.

Era la vida.

Ban se deslizó hasta el sótano, pero incluso los gatos habían huido de allí. El hedor era insoportable. No había basura ni goteras de los desagües negros, lo cual indicaba una cosa mucho más grave. Ban tocó los doscientos dólares para darse ánimos, se tapó las narices con un pañuelo, tomó impulso y derribó la puerta.

Vio un catre enorme donde cabrían varias personas.

Unos espejos con flores pintadas.

Una silla volcada.

Y el hombre que se estaba pudriendo en el suelo.

Lo peor para Ban fue que, con el impulso, casi saltó sobre él. El hedor fue tan insoportable que esta vez no sintió ánimos ni tocando los doscientos dólares. Tuvo que salir como un rayo para reponerse junto a la puerta.

CAPÍTULO V

PRIMERA PISTA AL INFIERNO

El fiambre tenía que ser Burgess.

Buen chico donde los hubiera, sí señor. Hombre que pagaba sus impuestos y hacía caridad para las obras parroquiales. El hecho de que explotara a algunas chicas no era tan grave, después de todo; en sitios como Nueva York, todo el mundo explota a todo el mundo. Claro que había acabado como acaban el cincuenta por ciento de los macarras: liquidado. El otro cincuenta por ciento acaban millonarios.

Bannister dominó su asco y buscó el cadáver de la chica. Quizá alguien los había liquidado a los dos en un ajuste de cuentas. Pero ni en el armario, ni en el cuarto de baño, ni debajo de la cama lo encontró. Allí la única carroña era la de Burgess.

Ajuste de cuentas personal. Seguro.

Y la chica debía haber huido para que no la comprometieran en el mejunje.

O había pasado a manos de otro.

Ban no pensaba dar parte a la policía porque de esos asuntos más vale estar apartado, pero sí que tenía que decirle algo a su importante cliente. Por lo tanto, buscó más. Y lo primero que tenía que buscar era la bala en el cuello que había matado a Burgess.

Dominó su asco.

El tío estaba ya tan flácido que los huesos se transparentaban bajo la carne.

Introdujo unas tijeras en el orificio de la bala y hurgó. Por suerte, salió la bala a los pocos momentos.

Ban la envolvió en un pedazo de papel viejo, lanzó las tijeras y salió de allí tras dejar la puerta en su sitio.

Ya haría una llamada anónima para que se llevasen el fiambre de la casa antes de que toda ella se pudriera. Y él quedaría al margen.

Volvió a su despacho y celebró que la señorita Garbo no hubiera regresado por la tarde. Debía haber encontrado un plan con algún galán... Se lavó cuidadosamente, lavó también la bala y la examinó con lupa.

Calibre 38.

Revólver.

Cosa rara.

Hubiese jurado que aquello había sido disparado por un revólver oficial del FBI. Por lo menos, las características encajaban.

Antes de telefonar para lo del fiambre, se largó de allí. Necesitaba hacer una investigación sin que la policía relacionara una cosa con otra. Fue a ver a Lowell, experto en balística y perteneciente al FBI.

Sabía que podía confiar en él durante la primera media hora.

Luego Dios diría.

Lowell examinó el proyectil con toda atención. Luego susurró:

—¿Dónde lo has encontrado?

—En un fiambre.

—Éste es un asunto importante, Bannister.

—Pues el fiambre no lo era.

—¿De quién se trataba?

—Basura.

—¿No quieres ser más explícito?

—Por ahora, no.

—De acuerdo. Tú y yo somos amigos, pero la frontera entre la amistad y el deber es muy delgada. Voy a decirte algo de lo que sé a cambio de que tú indiques lo que sabes. Esta bala ha sido disparada por un revólver que tenemos reclamado. Me sé sus características de memoria, pero tengo fotos que permiten comprobar las estrías.

—Démoslo por comprobado. ¿Robado a quién?

—A un agente del FBI.

—¿El presentó la denuncia?

—Claro, pero acto seguido desapareció.

—¿Qué significa eso?

—Una de dos: o que está metido en un asunto muy gordo y quiso salirse al hacer la denuncia, pero luego se asustó y emprendió el vuelo, o que se lo cargaron. Por eso es tan importante saber lo que has visto tú. Es la primera pista del revólver que aparece.

—No tengo inconveniente en orientarte, Lowell. Favor por favor. Pero después de esto no me envuelvas ya en nada: como si no hubieras hablado conmigo jamás.

—Favor por favor —confirmó Lowell.

—Esta bala la habían empleado para matar a un gigoló de la calle Elmer, en el bajo Manhattan. Su chica había desaparecido, a mí me han encargado buscarla y he dado de narices con la aromática presencia del fiambre, tras lo que supongo un sucio ajuste de cuentas. Ya ves que el asunto no tiene ninguna altura. Imaginar que en eso pueda estar mezclado un agente del FBI es algo que da risa.

—De todos modos puede que lo esté, Ban. ¿Qué vas a hacer?

—¿Cómo se llamaba ese agente?

—Tropper.

—¿Misión?

—Servicios especiales de protección al presidente Ford.

Bannister palideció.

Allí nadie encajaba. El presidente Ford en su Casa Blanca y el chorizo Burgess en un sótano de Elmer eran hombres que pertenecían a diferentes planetas.

—Gracias —dijo—. Te dejo la bala y el cadáver. Lo único que tenéis que hacer es poner os una careta y sacarlo de allí.

Fue a la puerta.

Lowell gruñó:

—Ban, un consejo.

—Escúpelo.

—Tú eres un detective del barrio bajo. No te metas en las alturas. Este asunto le va ancho a un tipo como tú.

—Hasta ahora el asunto se refiere sólo a una cortesana barata y a un macarra podrido —dijo él, con voz metálica—. No veo la altura por ninguna parte. Déjame en paz.

Y salió.

Tuvo en aquel momento la intuición de que estaba llegando

demasiado lejos por doscientos dólares, de que podía llegar a un punto del que ya fuera imposible volver. Pero Bannister no hacía caso de las intuiciones, y además, las chicas que caían en manos de maleantes de baja estofa le daban pena. Por lo tanto, decidió seguir.

Tenía ya una pista. Era sólo un nombre.

Tropper.

Pero en aquel momento no supo darse cuenta de que era la primera pista al infierno.

CAPÍTULO VI

EL VALLE DEL SUEÑO ETERNO

La chica se desperezó.

Hacía un magnífico día. Por encima de la cabaña de troncos, en lo más alto, lo más solitario y lo más agreste de los farallones de Arizona, volaban miles de pájaros que emigraban al sur, y cada uno de ellos lanzaba un grito peculiar, una especie de canto que lié naba el aire. Los aromas de la hierba fresca penetraban a raudales por la ventana del dormitorio, y el aire era tan limpio y tan puro que las cosas situadas a más de diez millas podían verse como si uno las tuviera al alcance de la mano. Como si verdaderamente no existieran las distancias.

Acostumbrada a la atmósfera infecta del bajo Manhattan, la chica pensaba que aquello era gloria.

Saltó de la cama y se acercó a la ventana abierta. Desde allí saludó ingenuamente a los pájaros emigrantes, como si éstos pudieran oírla.

—¡Eh, vosotros! ¡Dad recuerdos al presidente de México!

Sabía vagamente que México estaba más al sur y que los pájaros iban allí en invierno. A ella también le hubiera gustado ir, y en realidad pensaba conseguirlo. El hombre que vivía con ella desde casi una semana antes se lo había prometido.

El la miraba desde la cama.

Aún palpitaba el deseo en sus ojos, y eso que llevaban varios días juntos.

—Eres muy guapa —dijo el hombre—. Me gustas.

—Hum... Me lo has demostrado.

—Pienso demostrártelo más.

—¿Me llevarás a México?

—Claro, nena.

—¿Y no te avergonzarás de mí? ¿De veras no te importa el que yo no sea más que una zorra del bajo Manhattan?

—Puede que lo seas, pero no lo pareces.

—Pues hasta ahora me has tenido muy oculta. Salimos de Nueva York en secreto y aquí aún no nos ha visto nadie. Para mí que te avergüenzas.

—¡Qué tonterías dices! Lo que pasa es que he buscado un sitio tranquilo para que tú y yo pudiéramos dedicarnos solamente a nuestro amor. A partir de ahora ha llegado el momento de lucirte. Iremos a Ciudad Juárez y luego a Acapulco. Oiremos los mariachis, te llevaré a una corrida de toros y te compraré unas preciosas pulseras estilo español. Vas a pasar unos días tan llenos de sol que te olvidarás de que naciste en Manhattan.

Ella sonrió, pero al instante pasó por sus ojos algo así como la sombra fugitiva de una tristeza. Mientras se volvía de espaldas a la ventana, dijo:

—De todos modos, hemos de avisar a mi padre. El viejo estará intranquilo por mi ausencia.

—Claro que le avisaremos. Le enviaré un cheque una postal.

—Y a mi..., a mi..., ¿cómo avisamos a mi...?

—¿A tu chulo? ¿A Burgess?

—En fin... Burgess es buen chico. Y me largué sin decirle una cochina palabra.

—Quizá era porque él no merecía tu cariño. Ese explotador marrano... Pero no te preocupes, porque ya he pensado en él. Debido a mi cargo, no quiero líos. Ayer le envié una carta con un cheque de cien dólares para que vaya tirando.

Los ojos de la chica se iluminaron. Tenía la carne dura, fresca, palpitante que tienen las mulatas cuando son casi unas niñas. Mientras se inclinaba para besar al hombre, susurró:

—Oh, qué bueno eres con todos los míos, Tom...

Y derribó sin darse cuenta la credencial que estaba sobre la mesilla. Con gestos infantiles, la recogió y la deletreó con trabajo: «Agente especial Thomas Tropper. Oficina Federal de Investigación. Adscrito a...».

Él tomó el documento mientras decía:

—Hala, deja.

Y saltó de la cama también. Era verdad que hacía un magnífico día. Fueron juntos a la ducha, riendo, y luego, como ocurría tantas y tantas veces, se besaron largamente. Tropper estaba de un excelente humor esa mañana. Preparó él mismo un excelente desayuno, lo devoraron mientras escuchaban la emisión de Radio Phoenix y luego el agente propuso:

—Vamos a dar una vuelta en el *jeep*. Aún hay sitios del valle que desconocemos.

—¿Una vuelta?

—Así verás bien los pájaros. Hoy hay más que nunca.

—Tienes razón, Tom. Me gusta ver los pájaros. ¡Vamos en seguida!...

Los dos salieron tomados de la mano. En la puerta de la cabaña solitaria estaba el *jeep*. Tropper se puso al volante y dijo a la chica:

—Tú, en el asiento de atrás. Y a mi derecha.

—¿Por qué no a tu lado?

—Porque irás más cómoda ahí. Pero es sólo hasta que remontemos aquella loma. Luego la bajaremos los dos juntos.

—¿Me dejarás conducir a mí?

—Naturalmente, muñeca.

Ella obedeció porque, en el fondo, estaba acostumbrada a obedecer siempre a los hombres. Se situó en el asiento de atrás. El *jeep* empezó su recorrido por el fondo del valle, rodeado a ambos lados por agrestes rocas.

Tropper miró su reloj.

Las once en punto.

Nada de viento.

Altura adecuada del sol.

Velocidad: treinta kilómetros por hora.

Baches moderados.

Rumbo: sud sudeste.

Las once y un minuto.

Y dos...

La chica preguntó desde atrás:

—¿Por qué no corres más, Tom?

En aquel momento la bala llegó desde las alturas. La detonación

rasgó el aire.

¡Raaaanc!

La cabeza de la chica se abrió en dos.

Tropper miró su reloj.

Once y dos minutos con treinta segundos.

¡Raaanc!

La chica casi salió despedida del *jeep*. Aquel segundo impacto le había dado en plena mitad de las vértebras del cuello.

Tropper sonrió.

Once y dos minutos con treinta y dos segundos.

¡Raaaanc!

La tercera bala pasó rozando los cabellos de la muerta, que había quedado convertida en un guiñapo a un lado del *jeep*. Tropper comprobó que eran las once y dos minutos con treinta y cuatro segundos.

Pero ya no sonrió tanto.

Aquel tercer disparo había sido una filfa. Un poco más y le matan a él, pese a todas las precauciones tomadas.

Detuvo el *jeep*.

—¡Eh! —gritó a los tiradores que estaban entre las rocas—. ¡Quiero saber quién de vosotros ha fallado, idiotas! ¡Después de tanto tiempo de entrenamiento no seríais capaces ni de darle en el pelo a la viuda de Luther King! ¡Bajad aquí, inútiles! ¡Y sacad esa carroña del *jeep* antes de que huela!

CAPÍTULO VII

SEGUNDA PISTA AL INFIERNO

Bannister volvió a salir de su despacho al anochecer.

La calle estaba en plena efervescencia. El aire se hacía casi irrespirable a causa de los escapes de las motos de gran potencia; de los cines «porno» salían tipos con la mirada perdida; de las tiendas donde le vendían a uno un filete asado por un dólar cincuenta se desprendía un grasiento aroma; tipos sospechosos se apostaban en las esquinas; los vendedores de saldos miraban desde las puertas de sus tiendas a las primeras chicas que iban a hacer su ronda.

Lo de siempre.

Aquéllas eran las «alturas» a que había llegado Bannister en su vida profesional.

Pero tenía amigos y ahora necesitaba movilizarlos. El propio Nolan, que llevaba asuntos de alta discreción relacionados con los secretos oficiales, le resultó útil otra vez. Confidencialmente le dijo que, en su opinión, el agente federal Thomas Tropper había desertado por alguna razón desconocida, y que se estaba investigando su posible paradero. Pero por el momento no había ninguna pista, O1 al menos eso era lo que se comentaba en los altos círculos del FBI.

Estas informaciones no eran gran cosa. Posiblemente con ellas un federal no hubiera llegado a ninguna parte.

Ahora bien, él sabía algo que los federales no sabían. Existía una vinculación, aunque fuera circunstancial, entre el agente Tropper y una mulatita desaparecida una semana antes, justo cuando liquidaron a Burgess y justo también cuando Tropper se evaporó

como si fuera humo. Por lo tanto él estaba en situación de mover tres hilos a la vez, cuando los federales sólo movían uno: el de Tropper. Y además contaba con la inapreciable ayuda de la gente de los barrios bajos.

Eligió informadores de gran categoría moral.

Por ejemplo, el Nena.

Al Nena le estaban gritando desde una esquina:

—¡Marica!

Y él barbotaba:

—¿Por qué me decís eso? ¿Qué motivo tenéis? ¡A ver si os doy con el bolso!

Al distinguir a Ban, puso los ojos en blanco.

—¡Ay, si tú quisieras! —suspiró.

—Pero no quiero, chata.

—¡Ay, no me mires así! ¡Que me pierdo!

—Necesito una información. Tú te habías refugiado a veces en casa de Mildred cuando alguien te perseguía —dijo Ban, sin acercarse demasiado.

—Ah, Mildred, la mulatita... Sí. Buena chica, la Mildred, sí, señor. Hasta se le podía perdonar que le hiciera a una la competencia.

—Tenía confianza en ti y te lo contaba todo. Antes de desaparecer, ¿te insinuó algo acerca de algún cliente importante o que no fuera del barrio?

—Bueno, la Mildred también tenía sus cosillas fuera de aquí. Ya sabes. Era chica fina.

—¿Pero te habló de alguien?

—Sí; de un hombre que en caso necesario podía protegerla mejor que Burgess. Pero yo, en su lugar, no me hubiera fiado. ¡Cualquiera se fía de los hombres!...

—¿Te indicó en qué trabajaba ese tipo?

—No, pero debía tener algún cargo. Quizá policía o algo así. Pero yo no me hubiera acercado a él, ¿sabes? Es lo que yo digo: esos tíos huelen mal.

Y ya no fue posible sacarle más. Se dedicó a atizar con el bolso a un fulano que le había faltado al «respeto». Bannister Rank hubo de ir en busca de otros sujetos de alta honorabilidad y de indiscutible categoría moral.

Por ejemplo, el Rasca.

El Rasca se dedicaba a alquilar habitaciones a precios más bajos que en los hoteles del distrito. Para compensar, sacaba fotos (cosa que los hombres y mujeres no sabían) y las enviaba para venderlas a sitios tan lejanos como California o Nevada. Hubo una paya del distrito cuyo cuerpo dio la vuelta al mundo sin que ella se enterase, ni su marido tampoco.

El Rasca se pasó las uñas por los brazos, que parecían cargados de lepra.

—Bueno, sí que sé algo —dijo—. Al fulano lo había visto retratado alguna vez en una revista, pero no sé dónde. No... no era el personaje principal. Era de los del montón, pero estaba retratado allí. Ya te lo he dicho: no sé dónde. Pero seguro que tenía un cargo de cierta importancia y estuvo rondando a Mildred durante un par de días. Luego se la debió llevar.

—¿Sabes adónde?

—Hum... Ella fue a comprar algo de ropa. Quizá te lo digan en la tienda de Kulbert.

Kulbert vendía género fino, desde combinaciones para chicas hasta cachiporras para hacer un atraco. Se acordó de que la mulatita había venido a comprar.

—Dijo que se iba a un sitio cálido; que había encontrado un manso con pasta y que se largaba una semanita con él. Pero todo eso me lo soltó con cierto misterio, porque el manso le había recomendado que no hablara. Debía ser casado, o algo así, o quizá tenía un cargo importante. El sitio no lo indicó, aunque... Bueno, sí... Iban a tomar el avión hasta Phoenix. Eso sí que lo dijo.

Bannister chascó los dedos. Bueno, ya era algo. Phoenix, en Arizona. Phoenix estaba a unas horas de vuelo, pero también estaba a una montaña de dólares, y...

Se gastó los doscientos y pidió un préstamo en el barrio para llevar algo en el bolsillo. Provisto de una ropa más ligera (sahariana, pantalones frescos y cámara fotográfica, como si fuera un turista), tomó uno de los aviones de la «Delta Airlines» a la mañana siguiente. En la puerta de su oficina puso un letrero que decía: «Cerrado por importantes asuntos de alta investigación. Cobradores abstenerse».

Ya tenía una segunda pista, ya podía ir a un sitio concreto.

Pero él no sabía que aquélla era la segunda, pista al infierno.

CAPÍTULO VIII

LA CHICA DEL BOLSO AZUL

El bolso azul llamaba la atención cuando la chica tomó el avión en el aeropuerto de Newark, subiendo las escalerillas con el gesto cansado de la persona que lleva muchas horas sin dormir. Tenía los párpados algo hinchados por la falta de sueño y se la notaba muy fatigada, pero aun así tenía una belleza sorprendente, un algo excitante y casi mágico, un fuerte atractivo sensual que quizá venía de sus curvas potentes, de una cierta indolencia meridional, de su aspecto de salud a toda prueba, de su carne joven y prieta. La chica dio un traspié al llegar al último peldaño y estuvo a punto de caer, cosa nada extraña porque también el presidente Ford se cayó del avión según una foto que dio la vuelta al mundo. Bannister, que iba detrás, la ayudó y evitó sobre todo que el bolso azul se cayese escaleras abajo.

—Gracias —dijo ella—. Hubiera sido terrible que se estropease.

—¿Por qué? ¿Lleva algo de valor?

—No. Un magnetófono, pero no es mío, sino del periódico. No sólo hubiese tenido que pagarlo, sino que de momento me habría quedado sin instrumento para poder trabajar.

—¿Va a hacer alguna entrevista?

—Por lo menos lo intentaré.

Se habían sentado juntos de una manera maquinal y Ban le había cedido la ventanilla. La chica pareció derrumbarse de cansancio. Los ojos se le cerraban de sueño.

—Llevo dos noches sin dormir —dijo—, pero no puedo frenar ahora porque es mi oportunidad.

—¿Su oportunidad de qué?

—De ingresar en el Los Ángeles Times. Poquísimos graduados en periodismo lo consiguen.

Ban no demostraba ningún interés por lo que ella decía, y quizá eso dio confianza a la chica. Se notaba que no era un conquistador de ocasión. Como si el explicar sus problemas le causara alivio, murmuró:

—Llevo tiempo detrás de esa oportunidad, porque hace ya dos años que me gradué y no hay empleo a la vista. En la redacción en Nueva York del Los Ángeles Times dijeron entonces que querían preparar un número especial sobre los partidos extremistas norteamericanos. Pero lo querían en seguida, lo necesitaban en el acto, como suele ocurrir siempre en esos casos. Y me dieron una oportunidad a mí, ¿comprende? Precisamente a mí, de modo que llevo una semana intensiva en la que no paro.

El avión se estaba elevando, dejaban atrás las últimas chimeneas de Jersey City y ya se podía fumar. Ban le ofreció un cigarrillo, pero ella dijo que no; sacó un chicle.

—Han dividido el trabajo en dos grandes partes —susurró ella, como si, explicando su problema, pudiera resolverlo—. Partidos de extrema derecha y partidos de extrema izquierda. Yo entiendo algo de eso porque me gradué también en Ciencias Políticas en Connecticut. Más que de partidos, se trata de hombres que están en el puro fascismo o en el puro anarquismo; gentes que tratan de imponer su criterio por la violencia. De aquí el peligro.

—¿Y usted ha de entrevistarlos a todos? Es un trabajo inmenso...

—No, yo sola no podría. Me han asignado los de extrema derecha mientras otros compañeros hacen los de extrema izquierda. He entrevistado ya a algunos y sus declaraciones son estremecedoras. Por ejemplo, muchos de ellos defienden la guerra total. Otros creen que habría que expulsar a todos los negros y crear con ellos una especie de república libre en África; hay quien expresa su odio contra los chicanos, los mexicanos que trabajan y viven en el sur de Estados Unidos; la mayor parte opina que lo de Vietnam, con el abandono, ha sido un terrible error y que se hubiesen tenido que emplear allí las armas nucleares. Hasta aquí las opiniones son tristes, pero tienen mucho de pintoresco. No creo que sean cosas

practicables. Pero en cambio más de uno coincide en que sería lícito matar al presidente de Estados Unidos.

Ban arqueó una ceja.

—¿Ya se han dado cuenta de lo que dicen? —susurró.

—Claro. Y de aquí el interés que puede tener este número dedicado a los extremos de la política.

—¿Pero... matar al presidente Ford?

—No es una opinión nueva. Ya han muerto bastantes presidentes en este país desde los tiempos de Lincoln. Y, en el caso de Ford, entienden que él es continuador de lo que llaman «la política del desastre». Ha replegado las posiciones exteriores de Estados Unidos, en contra de los consejos de la CIA, y se ha aliado o va a aliarse con los tradicionales enemigos del país. Ya no hay problema con Rusia; pronto no lo habrá con China; el bloqueo de Cuba ya no es lo que era; el sudoeste asiático se ha perdido; los movimientos antiyanquis en Sudamérica son cada vez más fuertes; y, en cuanto a la situación interior, los negros se extienden por todas partes y ya se habla de varios de ellos como gobernadores de Estados. Las opiniones de los hombres y mujeres que he entrevistado son, pues, unánimes: Ford es un estorbo. Habría que dar con un hombre fuerte de verdad, un tipo que hiciera una política agresiva y de absoluto orden.

—Nadie ha dicho que el orden sea malo —opinó Ban.

—Cierto, pero se trata del orden impuesto sólo por unos, sin querer oír las razones de los otros.

—Entiendo.

—En fin, todo ese abanico de opiniones indican que el país está más inquieto, más «caliente» de lo que las personas normales creemos. Aquí se cuecen montañas de cosas y de repente un día estalla algo, un presidente muere y todos nos preguntamos con asombro qué infiernos ha pasado y cómo ha podido pasar. Cuando en realidad ya se veía venir desde tiempo atrás, pero no hacíamos caso.

La muchacha parecía realmente preocupada. Era una de esas mentalidades jóvenes, inquietas, que se preocupan por el futuro de su país y que lo sienten como una cosa viva. Para ella no había sólo palabras; detrás de las palabras había cosas que podían pasar.

—También ésta es la nación de los locos y de los drogados —dijo—. Con un poco de dinero, y otro poco de audacia, se puede

conseguir gente para cualquier trabajo.

—¿Incluso para un asesinato al máximo nivel?

Ella rió.

—Bueno, quizá estoy exagerando —dijo—. Lo importante es que los problemas existen y no hay que dejar que se pudran. Conviene hablar de ellos. Por cierto ¿le he dado mi nombre? Me llamo Aline.

—Yo me llamo Bannister.

—¿A qué se dedica?

—Negocios —dijo ambiguamente él.

—Pues tiene suerte, porque yo no me puedo dedicar a los negocios. Yo soy sencillamente una muerta de hambre.

Y rió con aquella risa sana que, a pesar de todo, quería superar las adversidades con optimismo. Ban se dio cuenta de que aquella muchacha era muy distinta de las otras que había conocido; que en ella había una salud, una fuerza, una verdad que la colocaban a años-luz

de distancia de las mujeres que se movían en el sórdido mundo de la baja investigación privada.

—¿Y por qué va ahora a Arizona? —susurró—. Porque supongo que vamos al mismo sitio.

—He de entrevistar al senador Portland.

—¿Extrema derecha?

—Ajá.

—¿Pero Portland no es de Nueva York?

—Accidentalmente está en Phoenix, aunque él no quiere que se sepa.

—¿Y cómo lo ha averiguado?

—Hum... Una periodista que se precie ha de tener sus propias fuentes de información. Pero en este caso no tengo ningún mérito. Una de sus secretarias es amiga mía y se fue de la lengua. De todos modos es muy posible que haga el viaje en balde. Quizá cuando yo llegue a Phoenix el senador ya no esté allí. ¡Y pensar que arriesgo en esta aventura mi último dinero!

Ban no se atrevió a decir que él también había arriesgado el último y el de más allá. Hizo un gesto indicando que la comprendía. Y de pronto notó que Aline se había dormido: se había dormido con un sueño sano, inocente y profundo. Como el de una niña.

Pese a la sensación de fortaleza física que daba, bastaba verla así

para darse cuenta de que estaba necesitada de protección. De que no era más que una chiquilla que sabe cuatro cosas de la vida, aunque cree saberlo todo. Bannister le puso por encima una manta y ella no se dio ni cuenta. Siguió dormida.

En Phoenix se separaron. Ella tenía que investigar por los hoteles de la ciudad en busca del senador Portland, mientras que Ban tenía que buscar por sitios mucho más discretos: por los lugares más o menos clandestinos en que podía haber encontrado refugio sentimental una pareja.

Pero había gente que recordaba a la mulatita. Claro que la había.

—Vino sola en un avión —dijo un mozo del aeropuerto, un tipo que no hacía más que leer revistas «porno»— y se esperó aquí hasta que llegó el tío. El tío venía en otro aparato y aquí se juntaron, o sea, que era un lío como mía casa. Pensaron que no llamaban la atención, pero el fulano era muy idiota si pensaba que en una zorra como ésa nadie iba a fijarse. Porque era una zorra, eso desde luego, pero tenía una cosa que no tienen las de aquí. No sé lo que era... En fin, quizá no haga falta echarle tanta fantasía al asunto. Quizá lo que pasa es que aquí no abundan las mulatas de piel limpia.

—¿Sabe adónde fueron?

—Los recibió Joe. Vino a buscarlos en su coche.

—¿Quién es Joe?

—Tiene un bar de tapadillo en Cris Lañe. Oiga, cosa fina.

Ban se desanimó.

Un bar de tapadillo.

Vaya, entonces se trataba de una cosa insignificante, un asunto vulgar: Tropper había descubierto que su sueldo de federal era una filfa y que podía sacar más explotando a unas cuantas chicas y garantizándoles una protección. Pero era lógico que no las explotase en: Nueva York ni en Washington, porque allí él era conocido. Las «colocaba» en lugares bien lejanos y bien elegidos. En sitios donde —como había dicho el mozo del aeropuerto— «no hubiese mulatitas de piel limpia».

Se instaló en un hotel modesto.

Dejó su cámara fotográfica.

Y fue al bar de Joe, en Cris Lane.

Fácil de encontrar. El anuncio lo proclamaba a cuatro cuadras

de distancia, en español y en inglés: «Las camareras más guapas de la comarca».

Un cartel junto a la puerta, impreso en tinta verde, también decía lo mismo, pero alguien lo había reformado un poco, arreglando la palabra «guapas». La cosa quedaba en; «Las camareras más guarras de la comarca».

Ban entró.

De guarras, nada.

Blancas de Montana. Morenazas de Miami. Pálidas *hippies* de las que en San Francisco pululan por Union Square. Negrazas de Alabama. Alguna tímida india sacada de las profundidades del Gran Cañón.

América.

Pero todas las de allí se dedicaban sólo a sacar dinero y a alternar con el cliente. Era muy dudoso que se fueran con nadie. Toda la estupidez inmensa de los bares de camareras flotaba en el aire: allí el cliente bebía y bebía, gastaba y gastaba hasta que se convertía en una piltrafa maloliente y era echado del local. Ni siquiera se había enterado de qué color tenía los muslos la chica que le había servido.

Ban se acodó en la barra.

Ni una mulata.

Nada de Mildred.

Una lechosa nórdica vino hacía él.

—¿Qué vas a beber, macho?

—Una cerveza.

—¿Fría?

—Ujú.

—¿Rubia?

—Como tú, nena.

Ella le trajo un *whisky*.

—¿Por qué? —preguntó Ban.

—A mí me gusta el *whisky*, chico.

Y se sirvió otro. Bebieron los dos. Factura: treinta dólares.

—Supongo que beberás otro —dijo la nórdica.

—No tengo más sed.

—Pues entonces largo, carroña. No me hagas perder el tiempo.

Aquí se viene a beber.

Ban chascó dos dedos ante sus narices. El crujido de sus huesos pareció despedir humo:

—Busco a una chica llamada Mildred —dijo.

—Ah, ¿eres un pesquisa muerto de hambre?

—Sí.

—No conozco a la Mildred, ni a su madre, ni a su abuela. Hala, fuera, basura. La perrera municipal está saliendo a mano derecha.

—El tipo que vino con ella no era basura —dijo Ban, con los labios apretados en una mueca.

—¿No? ¿Quién era, macho? ¿La trajo un príncipe azul?

—La trajo un federal llamado Tropper.

Las facciones de la chica se alteraron un momento, sólo un momento. Pero Ban se dio cuenta de que había dado en la diana. Tropper significaba algo allí; las chicas tenían que estar atentas a cualquiera que lo mencionase.

—Puede que yo tenga informes —dijo.

—¿Sí?

—Bebe otro *whisky*.

Ban accedió. No convenía llevar las cosas por el lado malo. Aflojó la mosca en treinta dólares más. Luego la chica dijo:

—Ven que te presente al jefe. Lo prometido es deuda.

Y avanzaron los dos por un pasillo.

Puertas cerradas.

Ambiente discreto y hermético.

Ban abrazó a la rubia.

Maldito lo que le importaba la rubia.

Pero había que disimular, había que dar ambiente.

—Aquí.

Empujó una puerta.

Ban entró.

La barra de hierro se le empotró en la nuca. Todo el cerebro pareció salirle despedido por los ojos. El detective salió proyectado contra la pared frontera, donde había una ventanilla que decía: «Cobros».

Y tanto que había «cobrado».

Quedó en tierra hecho un ovillo mientras la mujer decía con voz espesa:

—No olvidéis lo que ha bebido, a la hora de pagar cuentas. De

los sesenta dólares me corresponden doce...

CAPÍTULO IX

EL VALLE DE LOS MIL PÁJAROS

Bannister notó confusamente que lo arrastraban y lo metían en el maletero de un coche situado en un *parking* privado bajo tierra. El maletero debía ser al menos de un «Cadillac», porque había allí espacio para otro hombre más. Y se dio cuenta también confusamente de que acababa de entrar en el meollo del asunto, aunque seguramente ya no saldría vivo de él.

Porque a nadie le hacen todo eso por el hecho de que le interesa una joven prostituta huida de su zona habitual. La camarera debió ponerse en guardia entonces, pero cuando la alarma se desencadenó fue al hablar él de Tropper. Tropper era el nombre clave: allí empezaba y quizá terminaba todo.

Si estaban haciendo tantas cosas con él, era para matarle. No cabía duda. Y si pensaban matarle era porque el asunto tenía más importancia de la que nunca imaginó; en especial por el hecho de que no le mataban en Phoenix, sino en un punto de máxima seguridad. Señal de que lo tenían.

El pensamiento del detective volaba mientras iban traqueteando por un camino infernal, más allá de todas las rutas civilizadas.

Se empezaba a dar cuenta de algunas cosas.

Tropper no era sólo un federal, sino un federal importante, puesto que lo habían visto retratado en una revista, aunque fuera en plan de hacer bulto. Y no resultaba aventurado suponer que se trataba de una revista en que aparecía el presidente Ford, puesto que Tropper estaba adscrito a los servicios de protección de la Casa Blanca. Seguro que él y otros miembros del Servicio Secreto habían

aparecido retratados con ocasión de la visita del presidente Ford a algún sitio.

Eso por un lado.

Y Tropper estaba metido en un asunto grande.

¿Pero para qué necesitaba, a una prostituta?

¿Para pasar el rato con ella?

Era absurdo.

¿Por qué la había traído tan lejos?

¿Y por qué estaba dispuesto a matar a cualquiera que intentara seguir la pista?

Estos pensamientos le atosigaban, le ahogaban casi, cuando notó que el coche se detenía. Pudo darse cuenta entonces de que estaban en un terreno liso y silencioso, donde no silbaba, el viento: quizá un garaje. Entonces la tapa se alzó y dos revólveres se le clavaron casi en los ojos.

Los empuñaban dos desconocidos.

Eran gente joven y fuerte. Pero lo más asombroso era que uno... ¡uno llevaba mi uniforme de policía motorizado de tráfico!

Fue ése el que dijo:

—Vamos a liquidarlo, Ted.

—Ojo: ensuciará el coche.

—Pues que salga.

Ban salió. Mientras estuviera dentro del maletero, tenía nulas posibilidades de defensa. Notó que le habían cacheado ya y le habían quitado hasta la cartera con el dinero. Después de balearlo, lo enterrarían en cualquier sitio oculto donde jamás lo encontraría nadie.

Pero eso, ¿cómo podía hacerlo un policía?

¿Y cómo estaba metido nada menos que un federal en aquel infernal mejunje?

¿A qué clase de alturas se remontaba el asunto?

Fue el policía el que le apuntó.

—Buen viaje, macho —dijo.

Y se dispuso a apretar el gatillo.

Ban se dispuso también a saltar.

Había que defender el pellejo hasta el fin, había que hacer algo. Pero el otro fulano dijo con voz ronca, mirando al «poli»:

—Oye.

—¿Qué?

—Yo diría que este tío tiene la estatura justa.

—¿Quieres decir que...?

—Tardaríamos en encontrar algo parecido. Un fulano como él nos hacía falta.

Ban estaba desconcertado. ¿Falta para qué? Para cualquier cosa, desde luego, menos para probar un colchón en compañía de la mulata.

El policía le empujó.

—Ven.

Le hicieron pasar a una especie de sala de tiro en la cual había siluetas en todas posiciones: sentadas, de espaldas, de frente, inclinadas, de pie, acuchilladas, con los brazos alzados, con la mano tendida... Pero lo asombroso era que todas las siluetas correspondían al mismo hombre. Sí. Bannister Rank estaba seguro de eso: correspondían al mismo hombre. Eran fotografías tamaño natural, recortadas y vaciadas de contenido, de forma que sólo quedase la línea externa. Pero correspondían con toda exactitud al mismo hombre. ¿Quién?...

El policía indicó:

—Acércate.

Le habían colocado delante de una de las siluetas, situada en pie y de frente. Los dos hombres miraron con atención, como un sastre que prueba el efecto de un traje antes de terminarlo. El que iba vestido de paisano susurró:

—Asombroso.

—Perfecto.

—Tiene las medidas exactas.

—Pues entonces vamos con él.

—Al menos servirá para algo.

—Al jefe le va a parecer bien todo esto. Seguro que sí.

E hicieron una seña al detective.

—Tú, síguenos.

Abrieron una puerta, y entonces la luz dio en los ojos a Bannister. Se pudo dar cuenta de que estaba en un valle de Arizona, en un lugar lleno de sol, de sequedad, de aire limpio, de pájaros salvajes que emigraban hacia México. El sitio del que acababa de salir era un hermoso chalet de madera. Al fondo se extendía un

valle estrecho bordeado de rocas. Delante de la casa había un *jeep*.

El policía dijo:

—Sube.

—¿Me vais a dejar conducir?

—Ni hablar, macho.

—¿Pues dónde me siento?

—Atrás. Y ponte cómodo. Como si fueras a dar un paseo en plan de gran señor. Te advierto que el valle es una preciosidad; sobre todo para el que le gustan los pájaros.

—Será para el que le guste volar —dijo Ban.

—¿Adónde?

—Al cielo.

—¿Sabes que tienes mucha imaginación, macho?

—Tengo otras cosas también —dijo Ban.

—¿Qué?

—Agallas.

—Pues sube, hombre, sube... Para dar un paseo no hay que hacerse el valiente de esa manera.

Ban se acomodó en el asiento de atrás mientras el policía, con casco y todo, se sentaba ante el volante. El *jeep* avanzó a poca velocidad por el fondo del valle. A izquierda y derecha quedaban rocas tras las que hubiera podido ocultarse un ejército entero. Sólo Dios sabría cuántas diligencias, años antes, habrían sido atacadas allí por los pieles rojas.

El detective no aparentaba ninguna intranquilidad, pero verdaderamente tenía todos los nervios en tensión. Para él había otras cosas que empezaban a estar claras.

Por ejemplo, aquellos buitres se entrenaban para matar a un hombre.

Un solo hombre que tenía unas determinadas medidas. Y contra el cual se habían habituado a tirar en todas las posturas posibles de una silueta humana: en pie, de frente, de espaldas, acucillado, tendiendo la mano, alzando los brazos...

Pero ahora les faltaba un blanco de verdad.

No se puede entrenar uno indefinidamente sobre una silueta. Hace falta un cuerpo vivo que se mueva, que tenga reacciones inesperadas y que incluso trate de huir. Un individuo —naturalmente— con las medidas exactas de la silueta.

Es decir, él.

Y posiblemente el fulano al que pensaban mataría en coche.

Por eso sentaban a Bannister en el *jeep*.

El fulano al que pensaban matar iría en la parte posterior de un coche, o sea, que tendría chófer.

Y era un hombre del que resultaba muy fácil obtener fotografías. Docenas de fotografías en todas las posturas.

Bannister sintió el frío de la muerte en la espalda.

Estuvo a punto de gritar: «¡Nooooo!».

El horror le atenazaba. Y no era sólo por él. Era por la importancia monstruosa de aquel asunto. Era por el destino del país. Era por las cosas que iban a pasar cuando él ya estuviese muerto, cuando ya no palpitara sobre la tierra.

Pero otros pensamientos más urgentes le atenazaron. Se dio cuenta de que el policía conducía con la mano derecha mientras miraba el reloj de la izquierda.

Sin duda, contaba los segundos.

¡Los segundos necesarios para que empezasen los disparos!

Bannister supo que tenía que jugárselo todo a una carta. Todo a una carta... ¡Y ahora! Por lo tanto, se abalanzó hacia adelante. Rodeó con su antebrazo izquierdo la garganta del policía. Tiró hacia atrás.

Uno aprende muchas cosas en los barrios bajos.

Verbigracia, a desnucar a un hombre.

El cuello del policía se rompió como si fuera de cristal. La llave de vértebras que le acababa de hacer Ban había sido auténticamente diabólica. Un leve tirón y... ¡al diablo! Todos creemos que nuestro cuello es muy sólido y nuestro cuello no es nada. Lo sostiene tan sólo una cadena de vértebras.

El *jeep* empezó a ir de un lado a otro al quedar libre el volante. Pero no era eso lo malo, sino que la fiesta iba a empezar. Bannister lanzó un grito mientras enviaba fuera del vehículo la carroña del policía.

Y llegó la primera bala del riñe.

Calibre 22 especial.

¡Raaanc!

Parabrisas al agua.

¡Raaanc!

Volante partido en dos.

¡Raaanc!

Tablier destrozado.

Había que ver cómo disparaban aquellos bestias situados a ambos lados del valle. Pero ninguno logró alcanzar a Bannister por la sencilla razón de que Bannister conducía prácticamente tumbado en el suelo, sujetando la parte inferior del volante con una mano y apretando el pedal de gas con la otra. Iba a una velocidad diabólica y procurando tan sólo que el *jeep* no volcase. Por lo demás, el fondo del valle era lo bastante ancho para permitir toda clase de maniobras.

Las balas fueron ahora a los neumáticos. Los tiradores se daban cuenta de que el *jeep* se les escapaba después de la muerte del compinche. Y el tipo que lo conducía... ¡sabía demasiado! ¡Sabía tanto que su muerte se había transformado en el asunto más esencial del mundo!

¡Bannister se había convertido en el hombre más condenado del mundo!

Pero por eso mismo estaba dispuesto a luchar. Sabía lo que se jugaba y no iba a ceder. Los asesinos habían sido unos ingenuos al pensar que él, quizá como otras anteriores víctimas, no se daría cuenta de lo que le esperaba.

Miró por un lado del *jeep*.

Se acercaba a cien por hora a un repechón.

Allí había un hombre con un rifle.

Apuntó con cuidado al centro del motor.

¡Raaanc!

La bala rozó sólo la carrocería, porque Ban, incluso en aquella posición, había hecho una finta asombrosa. Luego siguió recto.

¡Raaanc!

La bala se cargó lo que quedaba del parabrisas.

Y el hombre del rifle intentó saltar hacia atrás. Pero ya no tuvo tiempo; había apurado las distancias al máximo, jugándose todo a una carta como se lo jugaba Bannister. Cuando quiso huir, el *jeep* lanzado a toda velocidad ya estaba encima.

¡Raaanc!

Pero esta vez no había sido la bala, sino la cabeza.

Parecía imposible que una bala del 22 y una cabeza humana al

estallar produjeran casi el mismo estampido. Pero, en todo caso, al que acababan de estallarle los sesos ya ni se enteró. Quedó hecho una piltrafa a un lado del camino mientras el *jeep* se detenía.

Ban tomó el rifle de su víctima.

Buen cacharro con mira telescópica. Se podían hacer blancos perfectos a mil yardas. Y Ban había sido tirador de primera especial en los comandos de la Marina, de modo que los rifles y él estaban en amistosas relaciones desde tiempo atrás. Se entendían a las mil maravillas.

Se situó entre las ruedas. Sus enemigos no podían verle, e incluso tendrían razonables motivos para suponerle muerto.

Vio que uno de ellos emergía de entre las rocas.

—¡Bad! —gritó.

El diablo sabía quién era el tal Bad. En todo caso, el detective no lo preguntó.

Hizo fuego.

La cabeza del hombre se abrió en dos pedazos.

El joven apretó los labios.

Y dijo con una frialdad que a él mismo le dejó asombrado:

—Uno...

Vio que otro fulano saltaba de roca en roca.

Posiblemente intentaba llegar al chalet de madera para avisar por teléfono a alguien.

Bannister envió otra bala.

—Dos...

El buitre había planeado. Acababa de emprender el vuelo de una forma tal que chocó de roca en roca hasta estrellarse contra el fondo del valle.

Bannister se animó demasiado entonces. Estuvo a punto de cometer un error fatal. Pensó que necesitaba llegar a la casa para ver qué se escondía allí.

Y la ráfaga de metralleta por poco le parte las piernas. Ahora le estaban dedicando saludos con armas rápidas. Todo el *jeep* quedó acribillado. Ban comprendió que iba a pasar lo irremediable.

Saltó como un tigre.

Rodó entre los matojos.

El depósito de gasolina estalló. Todo el coche se convirtió en una bola de fuego. Los pájaros que descansaban en las cercanías

remontaron el vuelo lanzando extraños chillidos, y por una vez perdieron la orientación, puesto que volvieron a dirigirse hacia el Norte.

Bannister volvió a saltar y se hundió en la espesura, Los abetos y los pinos salvajes le cubrieron. Una serie de balas se perdieron entre los troncos, pero ya sin posibilidad de dar con él.

Ban echó a correr como un loco.

Tenía que llegar a Phoenix como fuese.

Pero de todos modos se daba cuenta de que no estaba salvado ni mucho menos. Realmente la cosa no había hecho más que empezar. Él era un condenado a muerte.

El condenado a muerte más importante de América.

CAPÍTULO X

MUERTE POR PAREJAS

Bannister cambió de hotel.

Era lo menos que podía hacer, después de haber estado a punto de cambiar de mundo.

En el sitio en que se había alojado antes, lo buscarían. Por lo tanto, era necesario despistar al menos durante dos horas. Al menos hasta que pudiera contar aquella historia que parecía inverosímil y poner en guardia a los más altos organismos del país. A los que cuidaban de la seguridad del presidente de Estados Unidos.

Dos horas de tiempo.

No necesitaba más, pero tampoco menos. Cada minuto contaba. De modo que se alojó en un lugar de las afueras que se llamaba hotel El Indio.

Era muy pobre.

Había huellas de ratas en él.

Las puertas de la mayor parte de las habitaciones estaban abiertas y sobre las camas se veía a jubilados echando la siesta. Tras las puertas que no estaban abiertas se oían los susurros de parejas que no estaban jubiladas y que no echaban la siesta.

El dueño dijo:

—¿No tiene equipaje?

—No. Viajo con lo puesto.

—Pues pague por adelantado. Son ocho dólares.

Precio módico. El pagó. Luego dijo:

—Lo único que pido en mi habitación es que tenga teléfono.

—Pues ya es raro.

—¿Por qué?

—Nadie pide un teléfono. Todos piden una telefonista.

—Eso tal vez luego.

—Bien. De todos modos ahí lo tiene. Pero las llamadas a larga distancia deberá pagarlas al contado y antes de la noche.

—Como si las hubiera cobrado ya —dijo Bannister—. Usted, tranquilo.

Y llamó a Nolan.

Nolan, el detective caro de Nueva York.

El de las secretarias tentadoras.

Cuando el patriarca se puso al teléfono, Bannister le dijo, sin perder ni un segundo:

—Nolan, necesito tu ayuda, pero al mismo tiempo voy a ayudarte a ti. Voy a convertirte en el detective más famoso del país. Sólo necesito que me escuches.

—Ya soy el detective más famoso del país —dijo modestamente Nolan.

Empezaban a cargarle tantas llamadas, sobre todo cuando él no podía dar abasto a tanto asunto y a tanta secretaria.

—Pues vas a serlo mucho más. Óyeme bien: tú tienes buenas relaciones con los servicios de seguridad del presidente Ford.

—Yo tengo buenas relaciones con todo el mundo.

—Pues avísales.

—¿De qué?

—Hay un complot para cargárselo a él y a su mujer, según creo. Gente extremista que supongo está situada en la línea nazi. He liquidado a dos de ellos y sé dónde tienen el nido. Pero has de actuar en seguida... En seguida... ¡En seguida!

Nolan le escuchaba con atención. Preguntó:

—¿Dónde estás?

—En Phoenix, Arizona.

—¿Y desde ahí preparan un atentado contra el presidente Ford? No me hagas reír. El presidente no tiene previsto ir a Arizona en lo que queda de año.

—No se trata del núcleo de la organización, sino de un campo de entrenamiento cerca del desierto. ¡Una zona de tiro!

Nolan carraspeó.

—Muchacho... Por ahí existe mucho vaquero loco que se

entrena cada día. Hay clubs de tiro como los hongos: salen en cualquier parte. Me temo que te hayas encontrado con uno de ellos y estés delirando por una sola razón: porque no conoces las costumbres del país. Esto no es Nueva York, amigo. Es el Oeste.

—Nadie asesina simplemente para practicar el tiro.

—Suponiendo que ello sea verdad, ¿qué te hace pensar que las cosas van dirigidas nada menos que contra el presidente Ford?

—Están practicando con su silueta y además con blancos vivos que tengan exactamente las dimensiones suyas.

—Demasiado fantástico.

—¡Nolan, por Dios! ¿Era fantástica la muerte de Kennedy? ¿Y la de su hermano Robert? ¿Y la de Martin Luther King? ¿Y el atentado contra Wallace? ¿Y...?

—Para, Bannister, para... Todo tiene un límite. Yo no puedo comprometer mi prestigio en un asunto que no esté muy claro, pero déjame hacer. Hablaré con el jefe de la policía local para que me dé informes sobre esa gente.

—Nolan, no lo hagas.

—¿Por qué no?

—Nadie conoce hasta qué punto llegan las conexiones en ese asunto. El jefe de la policía local podría estar liado; no es que lo afirme ni lo sospeche. Pero podría ser. Y si tú levantas la liebre, tu propia vida corre peligro.

Nolan volvió a carraspear.

—Compréndelo... Tú puedes dar un salto al vacío y caer donde sea, porque no tienes nada. Pero yo no. Si «descubro» un atentado contra el presidente en un club de cazadores que se dedican a matar pájaros, voy a ser el hazmerreír del país entero. Y aquí los prestigios se ganan durante muchos años, pero se pierden en un día, no sé si lo sabes. Déjame al margen, pero de todos modos te voy a dar el teléfono de uno de los responsables de la seguridad personal del presidente. Di que le llamas de mi parte. Te atenderá.

—De acuerdo, Nolan. Es suficiente para mí. Gracias.

Y Ban colgó.

Una frase de su amigo le había impresionado: «un club de cazadores que se dedican a matar pájaros».

Claro... Estaba todo magníficamente preparado, mejor de lo que pensó al principio. Cualquiera que hubiese oído los disparos podría

pensar que allí había unos cuantos tiradores dedicados a batir a las aves trashumantes.

Ban marcó el número de Washington que acababa de anotar.

No encontró al pajarraco.

Sólo a la secretaria.

Hubo de marcar otro número.

¡Y cada minuto contaba!

El agente especial encargado de la seguridad en la Casa Blanca apareció al fin. Estaba muy nervioso porque le habían atrapado en pleno preparativo de los detalles para una visita presidencial a los docks portuarios de Hoboken. La zona de Hoboken siempre ha sido peligrosa. Hay allí tantas tensiones sociales, tanto hombre desplazado y hasta tanto loco que a uno lo liquidan por mucho Ford que se llame. Y una vez ha pasado, vete a pensar en los errores que has cometido. Santas Pascuas.

Escuchó a Ban con visible impaciencia.

Y se indignó cuando oyó decir que Tropper estaba metido hasta el cuello en una charca de sangre donde querían ahogar al presidente.

—Un federal no puede hacer eso, amigo. Por mucho que Tropper haya desertado, no puede hacer eso.

—¡Infiernos! ¡Un hombre de confianza puede corromperse por dinero! ¡O por el ansia de un alto cargo político! ¡O por la sonrisa de una mujer! ¡O puede seguir el impulso de sus ideales, en cuyo caso ni siquiera es un miserable! ¡Es, sencillamente, un tío que se equivoca!

—Oiga, señor Bannister. Escúcheme... Si usted me llamara desde otro sitio quizá le creería, pero en Arizona hay docenas de clubs de tiro cuyos miembros se dedican a disparar hasta contra las siluetas de Lana Turner cuando Lana. Turner era atractiva. Y, además, ¿sabe qué promedio de denuncias recibimos cada día acerca de complots para asesinar al presidente? Entre una y cuatro. La gente de este país quiere notoriedad o tiene muy poco trabajo. Oiga mi consejo: póngase en contacto con el jefe de la policía local y que él me llame si encuentra algo sospechoso.

Y colgó.

Ban colgó también.

Sentía que el sudor le resbalaba por la barbilla.

La actitud del jefe del servicio secreto era correcta, pues no podía ir dando palos de ciego por todas partes. Lo que dijera el jefe de la policía local merecía crédito; lo que dijese un simple particular, no. Pero ¿cómo iba él a ver al jefe de la policía local? ¿Y si se metía en la boca del lobo?

De pronto el joven apretó los puños, preso de una tensión salvaje.

Acababa de tener una idea.

¡Aline!

¡Ella trabajaba para el Los Ángeles Times, el periódico de mayor difusión de Estados Unidos! ¡Más difusión incluso que la del New York Times y la del Chicago Tribune!

Y si cablegrafiaba una noticia según la cual, a lo largo de sus entrevistas con la gente de extrema derecha, había descubierto una conspiración para asesinar al presidente de Estados Unidos, los del periódico se volcarían. Al menos querrían llegar hasta el fin de la que podía ser una de las noticias del siglo. Harían volar en seguida a varios enviados especiales y el asunto alcanzaría una dimensión nacional. Y contra la prensa realmente libre, no caben subterfugios: todo se sabe. Por lo tanto el tinglado quedaría desmontado en pocas horas.

Bannister había tomado ya su decisión.

Tenía que encontrar a Aline.

Salió.

Se daba cuenta de que las calles de Phoenix estarían vigiladas, y Phoenix no es una ciudad demasiado grande. En cualquier esquina podían liquidarlo. Por lo tanto, andaba pegado a las fachadas y ocultándose en los porches que aún subsisten en muchos lugares de la ciudad, a la manera del viejo Oeste.

Fue preguntando en varios hoteles.

Y al fin dio con el de la chica.

Un hotel sencillo, pero con servicio de télex. Eso era indispensable para una periodista. Un hotel con bar, con muchos teléfonos, situado cerca de las compañías aéreas. Era el más lógico.

Aline le recibió al salir de la ducha.

Iba envuelta tan sólo en una toalla de baño y dejaba al descubierto sus muslos potentes de chica joven que hace deporte y sube escaleras; y la piel cálida y suave de sus hombros. Sin

embargo, nada había de especialmente excitante en ella: daba la sensación de una jugadora de baloncesto que acaba de terminar un partido.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, tratándole con la mayor naturalidad—. ¡Chico, qué sorpresa!

—Te he buscado.

—¿Tomas algo?

—No, gracias. Es urgente.

—Chico, no corras tanto. Yo no voy con hombres. Pero si un día decidiese ir con alguno, me lo tomaría con tiempo.

—No he venido aquí en plan conquistador, nena.

—Pues quizá sea una lástima —dijo ella, recapacitando sobre las inconsistencias de la vida.

—Mira.

—¿Qué es esto?

—Una credencial de detective muerto de hambre.

—Vaya, al menos en eso ya nos parecemos.

—Entonces siéntate porque me vas a oír.

—¿De qué se trata?

—Del asunto más importante que puede haber en el país en este momento. Y quizá del reportaje de tu vida.

—Eso me interesa, aunque sólo sea para poder comer todos los días. Sigue.

—¿Has visto al senador Portland?

—Sí.

—¿Qué hace en Arizona?

—Me ha asegurado que descansa.

—¿Descansar de qué? Que se sepa, jamás ha dado golpe.

—Bueno, pero los golpes que uno no da, a lo mejor también cansan.

—¿No estará en Arizona por alguna razón muy especial?

—¿Qué razón?

—¿Se ha manifestado como un fanático dispuesto a todo? ¿Considera razonable que en los Estados Unidos pudiese imponerse una dictadura como la de algunos países de Sudamérica?

—No sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Es extraño lo que ha dicho. Al principio se ha mostrado como

un hombre algo tímido, asustado, un hombre al que no interesa la política extremista. Yo hasta he pensado que me había equivocado de hombre. Luego me ha despedido porque tenía una comida de negocios, y después de ésta hemos vuelto a encontrarnos. Entonces se ha lanzado. Ha dicho cosas tremendas: que si los judíos y los negros dominan el país; que si el presidente Ford es un vendido como lo fue Kennedy; que si la política nacional está dominada por los comunistas, olvidando a los verdaderos patriotas, que son algunos generales del Pentágono y algunos jefes de la CIA, que si deben ser limitadas las libertades de Prensa; que si el chorro de oro para educar a los negros debe cesar. Lo que tienen que hacer los negros, los portorriqueños, los chicanos y hasta los indios es ir a parar a grandes reservas situadas fuera del país, preferentemente en algún país africano que quede bajo nuestro mandato. Su programa racista era tremendo. Nunca he oído una cosa igual. Y eso contrastaba tremendamente con su actitud de la mañana.

—¿Había bebido?

—Yo diría que no.

—¿Te dio la impresión de que estaba ya lanzando una especie de discurso político para el caso eventual de que el presidente muriera?

Ella palideció.

Sentada en la cama como estaba, no se dio ni cuenta de que la toalla resbalaba hacia su cintura.

—¿Qué tratas de insinuar, Bannister? —musitó.

—Sólo esto: Ponte cómoda y oye.

Lo explicó todo.

Comenzó por el encargo trivial que le habían hecho de buscar a una pobre prostituta del bajo Manhattan.

Pero se daba la circunstancia de que él había recordado sus medidas. El cerdo de Burgess tenía unos cuantos vestidos suyos en el sótano donde se estaba pudriendo. Y que el diablo se lo llevase si las medidas no coincidían casi exactamente con las de la señora Ford.

Por lo tanto servía excelentemente como «blanco vivo».

—¿Blanco vivo? —susurró Aline.

—Cuando uno va a por todo, necesita entrenarse a fondo. No basta con muñecos. Hay que tirar contra blancos que puedan

moverse y que además tengan las medidas exactas que uno encontrará en el momento decisivo.

—¿Pero tú crees que...?

—Una modestísima prostituta del bajo Manhattan era la clásica chica a la que nadie busca. El único que podía buscarla era su chulo, porque se le iba la fuente de ingresos, pero a ése lo despacharon de una bala en el cuello. Que me aspen si no fue Tropper. Claro que no contaron con su padre ni con un detective muerto de hambre y comido por la roña, pero dispuesto a todo.

Los labios femeninos temblaron.

—Sigue —musitó.

—Se están entrenando para acabar con el presidente Ford y su mujer. No quieren dejar rastro. Si eso tiene éxito, va a haber esta vez una auténtica revolución en el país y una verdadera conmoción en el mundo.

—Ban, no te creo.

Pero él siguió implacablemente.

Dio detalles.

Datos.

Después de aquello, era ya imposible dudar.

Las manos de Aline temblaban. La toalla había caído al suelo, pero ella no se daba ni cuenta. Y tampoco se daba cuenta Ban, lo cual resulta más extraño todavía. Había como para tenerle lástima.

—¿Qué vas a hacer? —susurró la muchacha.

—Necesito que las autoridades intervengan y pongan en guardia al país entero. Ya te he hablado de las dos gestiones que acabo de hacer, pero las dos han tenido un éxito casi nulo. Necesito que intervenga todo el poderío del Los Ángeles Times. Has de enviar un teles contando esta historia.

Como suponía, la chica asintió. No sólo le había creído, sino que no tenía nada que perder. Dijo simplemente:

—Voy a dictarla de corrido.

Y, tal como estaba, fue a recoger un vestido que aparecía doblado sobre la cama. Pero en aquel momento la puerta se abrió.

Y dos hombres aparecieron en el umbral.

Los dos con revólveres.

Uno de ellos con un «38» reglamentario en el FBI. Otro con un «45» reglamentario en los agentes patrulleros. Porque hay que decir

que uno de los hombres iba vestido de policía. El otro mostraba una credencial que sin duda era auténtica.

—Agente Tropper del FBI —dijo—. Quedan detenidos por delito. Acompañenme ahora mismo.

Y el «45» se clavó en los riñones de Bannister. Éste se dio cuenta de que había llegado la hora de morir.

Pero le cabía un consuelo. Al menos no iban a matarle solo. Iban a matarle con una hermosa pareja...

CAPÍTULO XI

¡PERO QUE TÍA...!

Se dio cuenta de que necesitaba ganar unos minutos, de que le era indispensable hacer algo. Con la mayor naturalidad de que fue capaz dijo:

—¿Qué delito federal, agente Tropper?

—Rapto.

—¿De quién?

—De esta mujer. Tengo testigos que acreditarán que usted la sacó a la fuerza del aeropuerto de Newark, en el Estado de Nueva Jersey, y la ha traído hasta aquí. El traslado de personas secuestradas de un Estado a otro es delito federal. Aténgase a las consecuencias.

Ban dijo:

—Claro...

Y apretó los labios.

Tenía una única ventaja.

Los esbirros no podían permitirse el lujo de matarlos allí, en uno de los hoteles más céntricos de Phoenix, y por lo tanto los llevarían a algún sitio donde pudieran liquidarlos impunemente. En consecuencia, una sola cosa quedaba clara: allí estaban más seguros que en cualquier otro sitio.

Los dos asesinos dispararían igual cuando ellos trataran de huir, pero al menos no iban a tomar la iniciativa. Ya era algo.

El hecho de que la muchacha estuviera desnuda les tranquilizó. No iba a fugarse yendo solo vestida con su propia piel. Por otra parte, los ojos de los dos hombres siguieron de una forma maquinal

aquella escultura perfecta. No pudieron evitarlo. Fue una cosa que quedaba más allá de sus pensamientos y pertenecía al mundo de los impulsos irreprimibles.

Ella dijo:

—¿O sea que yo voy como testigo? ¿O como víctima?

—La necesitamos para declarar. Por lo tanto debe acompañarnos también, le guste o no.

—Supongo que puedo llamar a un abogado.

—Lo llamará desde la Policía.

—De acuerdo, pero me pondré algo encima, ¿no? ¿O voy desnuda?

—Póngase algo encima.

—¿Este vestido sirve?

—Sí. Y nada más.

—¿Nada más?

—No se preocupe. Allí vamos a llevarle todo lo que necesite.

—Pues qué bien...

La chica demostraba más serenidad de la que hubiera sido posible imaginar.

Ganaba tiempo. Daba a Bannister un margen para que iniciara una maniobra desesperada. Lo que fuese.

Y Bannister la inició. Se lo jugó todo a una carta. Dio un terrible puntapié al «45» que empuñaba el falso policía. El arma voló por los aires.

Se oyó una salvaje maldición.

Tropper fue a disparar con su «38».

Podía hacerlo. La ley le amparaba.

Al fin y al cabo era un federal.

Pero Aline le había arrojado ya el vestido a la cara, tapándole los ojos. Tropper no vio nada en el momento de hacer fuego. Las dos balas se clavaron en el espejo del tocador y en la nota del hotel donde estaban los precios por día. Luego se revolvió salvajemente, al darse cuenta de que sus víctimas podían escapar.

Pudo ver delante suyo al caer el vestido que hasta entonces le había tapado los ojos.

Pero se encontró con aquel puño.

El gancho demoledor lo envió contra la pared.

Bannister había aprendido demasiadas cosas en los barrios bajos,

entre ellas a dejar a un hombre inútil de un solo golpe. Tropper rodó sobre sí mismo, chocó con una puerta y la abrió. Antes de poder darse cuenta de lo que sucedía, se encontró amorrado en el lavabo y escupiendo su propia sangre.

El falso policía, por su parte ya había tratado de saltar sobre la chica y recuperar su calibre «45».

Pero no pudo.

El «45» lo tenía Ban.

Y tenía también la salvaje decisión.

Todo fue entonces como una película alucinante.

Un disparo.

Un hombre que sale estrellado contra la pared.

Un chorro de sangre.

Bannister se dio cuenta de que le había alcanzado en mitad del corazón, pero eso no arreglaba las cosas, Tropper estaba en el cuarto de baño y giraba con su «38». El detective le envió una bala al bajo vientre.

Falló.

Pero Tropper hubo de arrojarse de cabeza a la bañera, mientras lanzaba una especie de chillido, y desde allí se puso a disparar a ciegas. Ban cerró la puerta para que no les viese. Lo que en este momento le interesaba era que alguien viniera a ayudarles y detuviese a Tropper sin matarle. Lo necesitaba vivo. En cambio él, sin ninguna ayuda, corría el riesgo de tener que clavarle una bala de verdad y enviarle por correo urgente al Valle de Josafat.

Abrió la puerta del vestíbulo.

Necesitaba llamar a alguien.

Otro policía subía por las escaleras.

Llevaba una metralleta:

Bannister dijo confiadamente:

—Oiga...

La ráfaga por poco le parte en dos. Sólo su agilidad de tigre salvó a Ban en la última décima de segundo. Se encontró rodando por la habitación mientras la puerta era materialmente arrancada de sus goznes y las balas silbaban en todas direcciones.

Estaban acorralados.

Sólo quedaba...

—¡Aline! —gritó—. ¡La ventana!

—¿Pretendes que salte?

—¡Claro!

—¡Pero esto es un octavo piso!

—¡La escalera de incendios!

—¡Pero estoy desnuda!

—¡También estarás desnuda en el depósito de cadáveres, idiota!
¡Muévete de una condenada vez!

Ella saltó como una gata. Bannister había de cubrirle la retirada, pero sabía que estaba en una posición fatal. Un tipo con una metralleta delante de la puerta del pasillo y otro con un revólver del 38 en el cuarto de baño. Perfecto para un funeral. Sólo le faltaba escoger la música.

Sus dientes rechinaron.

Vio que Aline desaparecía tragada por la escalera de incendios: Nunca se había presenciado en Phoenix una cosa así: una muchacha atractiva, y sin nada encima saltando de un tramo a otro de la escalera de incendios de un hotel. El tráfico se paralizó. Un urbano que estaba en la esquina empezó a lanzar aullidos.

—¡Circulen! ¿Pero es que se han vuelto locos? ¡Circulen!
¡CIRCULEN!

Hasta que él vio a la chica. Entonces no se acordó de la circulación, ni de los coches ni de su bloc de multas. Sólo se acordó de poner unos ojos como platos mientras gruñía:

—Pero miren quién está allí...

Mientras tanto, Bannister seguía encontrándose en un callejón sin salida. O se abría paso a tiros o le liquidaban allí mismo. Porque él no podía ni soñar en huir por la ventana.

Le acribillarían desde arriba mientras bajaba por la escalera de incendios.

La chica podía intentarlo porque él le cubría la retirada, pero a él mismo, ¿quién iba a cubrirle?

El fulano de la metralleta entró entonces.

Lo hizo vomitando plomo.

Pero fue un error.

Al empujar la puerta no veía a Bannister.

Con una idea bastante primaria de la situación, pensó que éste tenía que estar más o menos enfrente de la puerta y que para coserlo a balazos bastaría con mover la metralleta como una escoba.

Pero Ban estaba a un lado de la puerta. La sien izquierda de su enemigo casi rozó al entrar el punto de mira del «45».

Allí, susurró.

—No hacía falta meter tanto mido, macho.

Y le envió una bala.

Hubiese preferido no hacerlo. A lo peor aquel tío era un miembro del FBI de verdad. O de la CIA. ¿Quién sabe? ¿Hasta qué alturas llegaba la conspiración para matar al presidente? ¿Qué niveles de la vida del país iba a alcanzar el río de sangre?

Bannister no podía elegir y no eligió. La cabeza de su enemigo pareció separarse del tronco. Todo el resto del cuerpo saltó hacia la puerta por la que en ese momento aparecía Tropper.

Tropper también llegaba disparando. Había recargado su revólver y estaba dispuesto a rociar con plomo la habitación. Pero no había hecho más que atravesar el umbral del cuarto de baño cuando vio venir hacia él al muerto.

Le envió una bala de forma maquinal.

Sus dientes chirriaron.

Detrás del muerto estaba el revólver de Bannister.

Y sus ojos entrecerrados.

Y la sentencia de muerte.

Tropper recibió el balazo en plena frente y dio un terrible salto hacia atrás, quedando sentado en la bañera. Bannister avanzó hacia allí, tendió el brazo izquierdo hacia los grifos y dio el chorro de agua mientras decía:

—Al menos, cuando te encuentren tus amigos, quiero que seas un cadáver presentable...

* * *

Un momento después, él salía también disparado por la escalera de incendios. No tenía otra escapatoria. Pero gozaba de una ventaja, y era la placa auténtica de agente del FBI que había arrebatado a Tropper.

Vio que la muchacha cruzaba una esquina.

Desnuda como la Madre Eva.

Los embotellamientos de tráfico ya eran majestuosos. Los cláxones sonaban a cual más y mejor. El guardia de tráfico de aquella zona comercial de Phoenix se había puesto gafas para ver

con detalle a la chica. Un caballero entusiasmado se puso a gritar.

—¡El *streaking*! ¡Viva el *streaking*!

La dama que iba a su lado murmuró:

—Calla, burro, que es el anuncio de una piel.

—¿Piel de qué?

—Piel de zorra.

Mientras tanto Ban había abierto la portezuela del primer coche de los que estaban detenidos en el paso de peatones. Mostró la credencial mientras decía:

—FBI. Por favor, présteme el coche.

—¿Va a devolvérmelo?

—Lo encontrará ante el Ayuntamiento antes de una hora y sin sufrir el menor daño. Palabra.

El dueño del vehículo se apartó y salió por el otro lado. El vehículo era un precioso «Mustang» dos litros color canela. Bannister lo puso en marcha, sorteó a dos motoristas parados en el cruce y rodó por la acera en dirección a la fugitiva Aline. Tuvo que hacerlo así porque por la calzada no se podía circular. Al llegar a la altura de la muchacha abrió la puerta de su lado, y gritó:

—Sube.

Ella lo hizo.

Toda la piel de su cuerpo estaba roja; no sólo la cara. Todo su cuerpo. Había pasado tanta vergüenza que no podía ni respirar. Mientras se hundía materialmente en el asiento para que nadie la viese, gimió:

—Creí que..., que me volvía loca.

—Los que se han vuelto locos han sido los que te veían —dijo. Bannister sin volver la mirada hacia ella, mientras daba gas y salía de la zona del embotellamiento—. Ponte encima esa manta que hay detrás. Debía llevarla para que no se ensuciase la tapicería. Vamos a salir volando de aquí.

—Pero tendrás que comprarme vestidos...

—Lo haré en cualquier centro comercial de las afueras.

—Ban, ¿qué ha sido de... de aquellos tipos?

—Muertos —dijo concisamente él.

—Pero podían ser policías de verdad...

—Claro que podían serlo. Y te diré más: es lógico que lo fueran. En este maldito complot tiene que estar metida gente con cargos

oficiales porque de lo contrario no tendría éxito. Gente, que disponga de influencias, y de poder y que tenga acceso a los sitios difíciles. Claro que esto significa que soy el proscrito más proscrito de los Estados Unidos, pero no me quedaba otro remedio. O les mataba a ellos o ellos me cosían a balazos.

Habían tomado a gran velocidad la ruta del sur, hacia las montañas. Ban sabía que no iba a poder dejar el coche ante el Ayuntamiento, como había prometido, pero al menos procuraría no estropearlo. Y procuraría también que no le viesan, porque a partir de aquel momento se iniciaría una auténtica caza del hombre.

A la derecha había un centro comercial: gasolinera, bar, restaurante, un pequeño almacén con alimentos, artículos de jardinería y ropas muy simples. Ban dejó el «Mustang» en el sitio más remoto del *parking* para que no vieran a la chica, entró en el almacén y compró para ella unos ceñidos pantalones tejanos, unas botas de cuero, un par de camisas y un jersey ligero de cuello muy amplio. Con todo eso volvió al coche.

Procuró no mirarla.

Intentó no aumentar la vergüenza de una muchacha que pertenecía a una civilización tradicional, a la civilización de los vestidos, de la discreción y de la decencia. Al fin y al cabo la misma de Bannister, aunque él se hubiera visto metido en aquel callejón del infierno.

Pero mientras le tendía las ropas y procuraba no mirar, no pudo evitar el pensar:

—¡Qué mujer!

CAPÍTULO XII

LA CASA DE LOS ALMENDROS

Bannister tenía que conseguir otro coche. El que llevaba lo habían visto en todo Phoenix y a estas horas se sabría que nada tenía que ver con el FBI. No sólo le perseguirían los verdaderos agentes, sino los que estaban en el complot, con la diferencia de que los primeros iban sólo a apresarle y los segundos a dejarle tieso.

Vio un «Chevrolet» coupé cuyo dueño debía estar en el restaurante. Las llaves estaban puestas en el contacto, con esa sencilla confianza que muestran a veces los hombres del Oeste. De modo que Ban dejó el «Mustang» y tomó el coche nuevo. Mientras daba gas susurró:

—Aprisa...

—¿Dónde vamos a metemos? —musitó ella—. Nos perseguirán por todas partes...

—Lo ideal sería un sitio donde hubiera teléfono o télex para que tú pudieras ponerte en contacto con tu periódico. Mejor un télex, porque por teléfono las cosas son difíciles de explicar cuando se trata de asuntos de esta clase. Pero eso significa acercarse a sitios donde nos podrán controlar. Lo primero que esa gente vigilará serán todos los teléfonos públicos que estén en las cercanías de las carreteras.

—Hay algo tan importante como eso —dijo Aline con voz ahogada—; despistarlos de momento. Si nos echan el ojo encima, su primer saludo será una bala porque saben lo que se juegan. ¿Pero dónde metemos? No estamos seguros en ningún hotel, en ninguna tienda y en ninguna carretera. Pienso que no hay salidas.

—Sí; puede haber una —dijo Bannister.

—¿Cuál?

—He tenido una idea: hay un único sitio donde nunca se les ocurrirá buscarlos.

—¿Qué sitio?

—El senador Portland está cerca de aquí, ¿verdad?

—Sí. Tiene una magnífica finca cerca de un pequeño lago. Es el sitio donde le entrevisté hace poco.

—Pues allí no nos buscarán. Supongo que habrá algún lugar donde dejar camuflado el coche.

—Es posible. En todo caso, tienes razón: es un sitio malo con la ventaja de no ser tan malo como los otros.

Y señaló una carretera secundaria. Era una estrecha cinta que serpenteaba en subida por entre campos de frutales —las célebres *grape fruits* de Arizona—, y cuyo terreno circundante se iba haciendo cada vez más seco. Tanto que a cierta altura ya sólo aparecían cultivos de árboles típicamente mediterráneos, como los almendros.

No se apreciaba ninguna vigilancia, pero debían estar atentos porque era muy posible que les buscaran con helicópteros. De pronto la muchacha señaló una edificación en lo alto de una colina.

—Allí es —dijo.

—Dejaremos el coche entre los árboles, antes de llegar a la curva. Supongo que allí no lo verán. El resto del camino podemos hacerlo a pie por los campos y es fácil que logremos presentarnos en la casa sin que nos hayan echado el ojo encima.

—De acuerdo; es una buena idea.

Abandonaron el «Chevrolet» y siguieron a pie. La casa rodeada de árboles, era una residencia magnífica y además tenía un aire poco yanqui. Situada junto a un extenso lago, podía recordar las residencias señoriales de ciertos lugares de Italia.

Saltaron un seto y se introdujeron en la espesura del bosque. La muchacha ya avanzaba confiadamente, pero Ban susurró:

—No hagas el menor ruido. Apostaría cualquier cosa a que hay micros clavados en los árboles. Parecen hojas y se emplearon ya en la guerra de Vietnam. También podría haber cámaras de televisión controlando los senderos.

Avanzaron, por lo tanto, con las máximas precauciones,

procurando que no crujiese ni una hoja. Y así pudieron llegar a las inmediaciones de la casa, más allá de la cual se extendía la limpia superficie del lago.

Aquello pertenecía a la naturaleza limpia, pura, a la Naturaleza que aún no ha sido hecha añicos por los hombres. Estaba infinitamente lejos de la basura de Nueva York y la basura de todas las grandes ciudades del mundo. Aquella soledad y aquel silencio no tenían precio: eran cosas que dentro de unos años nadie podrá pagar, porque los seres humanos nos hacinaremos en un metro cuadrado de terreno para cada uno.

Pero, por el momento, aquella maravilla existía.

—¿Dónde vamos a ocultarnos, ahora? —musitó Aline—. No podemos estar indefinidamente aquí, y por otra parte necesito dar con un teléfono...

—Aquél podría ser un buen sitio —dijo Ban.

Y señaló un embarcadero de tablas que se adentraba en las aguas quietas del lago, un embarcadero al cual había amarrado un velero y una canoa. Al principio de aquel sendero de tablas había una cabaña de troncos donde sin duda se guardaban las velas y algunos instrumentos de navegar. Seguramente había allí teléfono desde el cual se pudiera hacer una llamada a larga distancia. Si conseguían llegar hasta la cabaña, nadie sospecharía que estaban allí, y el teléfono les serviría para comunicarse con la redacción del Los Ángeles Times. Paradójicamente, era el lugar más seguro del mundo.

—No podemos arriesgarnos a ir los dos —dijo Bannister—, porque llamaríamos la atención. Iré yo solo. Tú espérame aquí hasta que venga a recogerte.

—De acuerdo, Ban.

Él se volvió. Se miraron intensamente los dos. Hubo como mi relampagueo en los ojos, como un mensaje que no necesitaba palabras.

—Gracias por lo que has hecho. Aline.

—Bueno... Me ha visto todo Phoenix.

—Ojalá algún día pueda verte un solo hombre.

Ella bajó la cabeza. Había algo en la mirada de Bannister, había algo que estaba más allá de las palabras. Con voz velada, la muchacha susurró:

—Vete y reza para tener suerte. No sé si saldremos vivos de aquí.

Bannister avanzó junto a la casa. Ahora estaba en terreno descubierto. Y algo le decía que se había metido en terreno de su enemigo, porque se daban demasiadas casualidades allí. Por ejemplo, el senador Portland también tenía, una casa allí. Por ejemplo, sus declaraciones habían sido las de un tipo que cree que el país necesita un cambio total de política.

Seguramente Bannister estaba en la boca del lobo, pero ya no podía retroceder. Y como se lo había jugado todo a una carta, tenía que seguir con ella hasta el fin.

Avanzó hacia la casa de troncos.

Y entonces la chica dijo:

—No tiene usted pinta de ser el nuevo cuidador de los yates, amigo.

Él se volvió. La voz había sido quieta, dulce, tranquila. Pero la chica que le hablaba no era quieta, dulce ni tranquila. Vibraba toda ella. Su cuerpo maravillosamente torneado tenía la elasticidad que sólo dan el deporte y la vida al aire libre. No llevaba encima más que un bikini sumario en el que no se habían empleado ni diez centímetros de tela. En su mano derecha descansaba un vaso alto con una mezcla color naranja y del que sobresalía una especie de caña para chupar que era en realidad un tubito de marfil.

Ban sintió frío en la espalda. No parecía haber peligro en aquella preciosa muñeca, pero lo cierto era que acababan de descubrirle.

—Me envían a repasarlas —dijo con toda la tranquilidad del mundo—. Perdone, pero ¿usted quién es?

—Silvia, la hija del senador Portland.

—Es un honor conocerla, señorita Silvia. ¿Puedo llamar a mi ayudante para que me traiga los materiales que necesito? ¿Dónde hay un teléfono?

—En la casa de troncos no. Tiene que entrar en el edificio principal.

—Se lo agradezco.

Y giró hacia la casa. Pero la figura espléndida de la muchacha se puso delante suyo; la figura espléndida de la muchacha era como una frontera que tenía que pasar.

Bannister sintió frío en la espalda porque no deseaba ninguna

violencia, pero adivinaba que allí estaba el peligro. Bastaba con que ella gritase para que toda la casa se pusiera en movimiento.

—Usted ha venido a causa de mi padre —dijo quedamente ella.

—Es cierto; su padre me contrató. Mejor dicho, contrató a la compañía a la cual pertenezco para que alguien diera un repaso a esas embarcaciones.

—No quiero decir eso; la razón de que esté usted aquí tiene que ver con la posición política de mi padre. Él está rodeado de enemigos.

—¿Y piensa que yo puedo ser uno de ellos?

La muchacha sorbió golosamente un poco de la bebida que llevaba en el vaso. Sus labios eran una pura tentación. Sus ojos claros y limpios, pero también duros como el acero, se clavaron entonces en la figura de Bannister.

—No podemos fiamos de nadie —dijo—. Por favor, pase; será mejor que hable con él.

—¿Es que temen un atentado?

—No, no se trata de eso. Tampoco veo motivos para que traten de matar a papá, pero la verdad es que no solemos recibir a personas extrañas en casa. Y todo eso ocurre porque papá es un hombre de ideas políticas demasiado definidas. Yo siempre le digo que no debería actuar así; el país, al fin y al cabo, marcha sin necesidad de nosotros.

—Es usted una persona razonable, Silvia. Se me ocurre pensar que quizá su padre y usted tengan concepciones muy distintas del mundo.

—En realidad así es; él es un fanático de la extrema derecha. Yo soy una muchacha amante de la paz y de la concordia. En cualquier momento estoy dispuesta a firmar la Declaración de los Derechos Civiles. Creo que éste país la necesita.

Bannister se dio cuenta de que su plan inicial de pasar desapercibido había fracasado por completo. También su idea de fingir que era un empleado de una compañía de reparaciones naviera, pero la chica le había calado; no sabía si se trataba de un enemigo o no, pero resultaba evidente que todas las visitas que recibía el senador estaban, muy bien seleccionadas de antemano, y a él no le había seleccionado nadie.

No obstante, la muchacha parecía llena de sentido común, lo

cual ocurre muchas veces con los hijos de padres extremistas. Quizá, mediante su ayuda, podría hablar con el senador y obtener informaciones más concretas, de modo que susurró:

—Si me permite, tendré mucho gusto en verle.

—Sígame.

Atravesaron una zona despejada en la que los almendros llegaban casi a las orillas del lago. La casa, vista desde allí, tenía un maravilloso aspecto de mansión italiana del Renacimiento. Lo único que contrastaba eran aquellos dos tipos con aspecto de gorilas a sueldo que estaban en la puerta.

Pero Ban se fijó poco en ellos porque sólo veía las curvas cimbreantes de la chica. Sus caderas poderosas. Las líneas largas y esbeltas de sus piernas.

Llevaba tan poca cosa encima que se le mostraba como una estatua en su pedestal. Era tan armoniosa, tan completa que Bannister llegó incluso a olvidar por un momento las razones que le habían traído allí.

Le pareció que nadie le perseguía.

Que en el mundo sólo existían las líneas turbadoras de aquella chica.

—Por aquí —invitó ella.

Había una gran biblioteca cuyas ventanas también daban al lago. Si el senador Portland se había tragado todos los libros alineados en las estanterías, tenía que ser un hombre muy culto, aunque también era muy posible que no los hubiera visto ni por el forro. Con las personas muy ricas y ocupadas, suele ocurrir eso.

—Papá...

El senador se volvió de pronto al oír la voz. Descansaba en una butaca de orejas y pareció emerger de ella como sombra asustada y quebradiza. Era un hombrecillo de poca presencia, casi tímido, uno de esos fulanos a los que uno no imagina revolucionando el país y mucho menos cargándose al Presidente. Contempló a su hija con embeleso, y luego, con desconfianza al hombre que iba tras ella.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Me llamo Bannister.

El detective prefirió dar su verdadero nombre, aunque suponía que hacía mal. Pero el senador no hizo el menor gesto que indicara que aquel apellido le fuera familiar.

—¿Qué quiere?

—Dice que ha venido a repasar las embarcaciones, papá. Que tú encargaste ese trabajo a su compañía. Pero miente.

Era la muchacha la que había hablado. Bannister vio que los ojos de Portland se enturbiaban un momento.

—No es cierto —dijo el senador—. ¿Y cómo diablos ha podido llegar este hombre hasta aquí? ¿Qué busca?

—Tal vez hablar con usted —dijo Bannister con una calma glacial.

—¿Hablar? ¿De qué?

—Del presidente de Estados Unidos.

El detective se maravillaba de sus propias imprudencias, pero ya no podía retroceder. Puesto que estaba descubierto, no le quedaba más arma que su propia audacia, y necesitaba emplearla.

—Nadie tiene que hablarme del presidente Ford —gruñó Portland—. Yo sé perfectamente cuáles son mis relaciones con él.

—Pero quizá no sepa que tratan de matarlo.

Portland palideció. Aquellas palabras que no esperaba fueron para él igual que un choque físico. Como si le hubieran golpeado en plena cara, retrocedió dos pasos mientras miraba fijamente al intruso.

—Está loco... —balbució.

—No estoy loco, senador Portland. Hay una conspiración para acabar con él, una conspiración que alcanza los más altos niveles del país, y yo espero que usted pueda aclararme algunas cosas. Pero si usted quiere que empiece por aclararlas yo, le daré algunos motivos por los que quieren liquidar al presidente: exceso de pacifismo, apoyo a las minorías raciales o al menos tolerancia con ellas, participación en la causa de Israel, desenmascaramiento de algunos métodos de la CIA y aproximación política a los países del bloque comunista, a fin de lograr una «entente» en el mundo. Todo eso puede hacer peligrar grandes privilegios y, sobre todo grandes negocios relacionados con las armas de modo que no es tan extraño que alguien haya decidido acabar por la vía rápida. Al fin y al cabo hay ilustres antecedentes en este país. No sé cuántos son ya los presidentes muertos, y supongo que no importaría otro más.

Portland le miraba con asombro.

—¿Quién es usted para darme lecciones acerca de la política del

país? —masculló.

—Digamos que un simple ciudadano.

—¿Y quién es para investigar sobre un posible complot que se ha sacado de su fantasía? ¿Quién le ha autorizado? ¿Se da cuenta de lo que hace?

—Me doy cuenta de que varias personas han muerto y otras más morirán si alguien no interviene. Y las circunstancias han querido que ese alguien sea yo, de modo que pienso seguir por el próximo camino. Y si quiere saber por qué he llegado hasta aquí, estoy dispuesto a explicárselo también, senador Portland.

El político tenía las facciones casi transparentes de tan pálidas. Pero con voz que era agresiva y áspera, pidió:

—Claro que sí... Me gustaría saber cuáles son esas razones antes de que ordene a mis criados echarlo de aquí como a una rata.

—Las circunstancias le señalan como persona que está vinculada a esos grupos, senador. No sólo acaba de hacer unas declaraciones que son pura dinamita sino que además tiene en este aspecto una larga historia. Si alguien puede capitanear a ese grupo, si alguien puede estar metido hasta el cuello en esa sucia historia, es usted. Y no crea que no me doy cuenta de lo que estoy diciendo.

En efecto, Bannister se daba cuenta de que quizá estaba firmando su propia sentencia de muerte. No sólo había entrado en la guarida del lobo, sino que además se atrevía a provocarlo. No contaba con la ayuda de nadie y ni siquiera iba armado, de modo que lo que estaba haciendo era un suicidio. Pero ya que había sido descubierto, no le quedaba más remedio que atacar con la vana esperanza de que quizá así no se atreverían a atacarle a él.

Portland no contestó.

Parecía haber oído bastante.

Oprimió un timbre que estaba sobre un tablero de la mesa, y un sonido cantarino llegó a las profundidades de la casa.

Los dos gorilas que antes había visto Bannister en la puerta se presentaron allí. Los bultos que formaban sus fundas sobaqueras estaban a punto de reventar los trajes, pero no exhibieron sus petardos por el momento. Se limitaron a avanzar hacia Bannister sacando pecho y balanceando los brazos.

El senador dijo:

—Este tipo ha entrado sin mi permiso.

—Bueno, hemos visto que venía con su hija. Por eso no le hemos cortado la entrada. Todo parecía normal.

—Pues ahora ya no lo parece tanto. Echadle de aquí de forma que no vuelva jamás. No me importa lo que hagáis con él. Lo único que quiero es que no vuelva jamás. ¿Está claro?

Naturalmente que estaba claro. Era toda una sentencia, y los dos gorilas se aprestaron a cumplirla. Como no querían destruirlo en la casa —quizá por una cuestión de buen gusto—, se dispusieron a echarlo antes fuera. Pero Bannister era un tipo que había visto muchos gorilas como aquéllos.

Y casi todos habían pasado por el hospital.

En las peleas de los barrios bajos se había enfrentado muchas veces con matones para cobrar facturas de diez dólares. Con mucha mayor razón iba a pelear ahora, cuando la factura que tenía que cobrar era el precio de su propia piel.

Uno de los matones dijo cariñosamente:

—Tú, ven, hijo de perra.

Bannister se acercó.

Era un chico muy obediente. Cuando se le trataba con cariño era muy manso. Comía en la mano.

Pero vino en forma de bala. Se lanzó de lleno contra el tipo que tanto interés mostraba por él. Aquel buitre no esperaba el ataque y por eso lo atrapó con la guardia baja y con los brazos casi abiertos.

El impacto en el mentón lo levantó del suelo.

Su cuerpo salió despedido hacia atrás.

Chochó con las cristalerías. Las hizo pedazos.

El rumor de las aguas del lago, rizadas por el viento, penetró allí como si estuviera en un barco.

Por unos instantes, el gorila quedó K. O., y sin posibilidades de atacar, pero allí estaba el otro. Y éste no perdió tiempo, puesto que el senador le había dado carta blanca. Sacó su petardo.

Era una «Star» del nueve corto.

Buen cacharro a pequeña distancia. La bala podía penetrar en una sien de Ban y salir por la otra.

Pero Ban no aguardó a que el disparo se produjese. Saltó de costado contra una de las butacas.

Rodó por el suelo, parcialmente protegido por el mueble. El plomo atravesó la tapicería y le rozó a él mismo, pero su enemigo

no podía verle. Fue un disparo a ciegas.

Portland gritó:

—¡No lo mates aquí!

Pero quizá el otro no llegó ni a oírle. Disparó dos veces más contra la butaca, aunque no veía a Bannister.

Y de pronto éste apareció a su espalda. Fue algo que aquel condenado pájaro no podía esperar. Cuando quiso girar con la «Star», ya tenía las dos manos abiertas dirigiéndose a su nuca.

Bannister le golpeó de canto en ella. Le golpeó dos veces. Los impactos fueron dirigidos exactamente a la base del cráneo y al punto en que él sabía que era posible matar. Con un fulano que ya había abierto fuego tres veces, no podía andarse con remilgos.

Los ojos de aquel tipo se volvieron blancos instantáneamente. Todo su cuerpo se dobló. Aún pudo apretar el gatillo, pero la bala dejó unas marcas en zigzag sobre el *parquet* de roble. Instantes después, cuando cayó, no era ya más que un distinguido fiambre que la había palmado en una mansión de lujo.

El otro estaba saliendo de su K. O. Acababa de sacar una «Luger» al darse cuenta del trágico fin de su compañero. Fue a disparar con ella contra un hombre que en apariencia estaba desarmado y que, además, no podía huir.

Pero Bannister disponía de la «Star» de ocho halas del muerto, un arma en cuyo cargador aún quedaban cuatro proyectiles. Mientras chocaba contra las vidrieras a causa del terrible salto, disparó tres veces con la rapidez del rayo.

¡Y las tres veces falló!

¡También su enemigo se había movido con la agilidad de un puma! ¡También él había salido instantáneamente de la línea de tiro!

Bannister sólo tenía una oportunidad, mientras que su enemigo tenía ocho. Su enemigo tenía el cargador completo. Por eso apuntó quedándose quieto, jugándose el tipo, sabiendo que si fallaba aquella bala lo fallaba todo.

Acertó de lleno esta vez.

El gorila se tambaleó, alcanzado en la parte izquierda del pecho. Se estrelló contra una de las paredes mientras en su camisa se dibujaba una mancha escarlata. Luego quedó siniestramente doblado sobre una de las butacas.

Ahora el senador estaba indefenso.

Miró aterrado a Bannister.

Pensó que éste iba a liquidarle también. Si los exterminaba a él y a su hija, nadie le pediría cuentas. A lo largo y lo ancho del país, se cometían muchos asesinatos masivos cuyos autores no eran descubiertos nunca precisamente porque no dejaban testigos a su espalda. Bannister podía permitirse el lujo de ser uno de ellos.

Pero no disparó.

Sólo dijo con voz ronca.

—Tiene usted una forma muy política de resolver los asuntos, Portland. De verdad le felicito.

Y apartó a la chica para que le dejara salir.

La apartó empujándola por la espalda, magníficamente bien delineada.

Y se largó de allí.

Tenía que volver junto a Aline. Ahora se daba cuenta de que aquél era un refugio donde no valía la pena, guarecerse porque también le habían reconocido.

No hay nada como ser simpático.

En todas partes querían matarle.

CAPÍTULO XIII

MÚSICA PARA UN CADÁVER

Se apoderó del mejor coche que había en el garaje de la casa. No iba ahora a andarse con chiquitas, después de lo que había pasado. Había allí para elegir y todos los vehículos tenían las llaves de contacto puestas, de modo que aquello parecía una exposición en la que uno pudiera llevarse lo más nuevo o lo más bonito. Y sin pagar nada, que es lo que realmente da gusto.

Bannister vio una magnífica serie de coches.

En toda su vida de detective tronado y muerto de hambre había podido disponer de una cosa igual.

Vio un «Fiat ISO».

Un «Ford Granada».

Un «Spitfire» descapotable.

Un «Citroën Maserati».

Un «Cadillac President» color marfil.

Y un «Porsche» de dos litros. Fue éste el que más le agradó, quizá porque había ganado las Veinticuatro Horas de Le Mans en los últimos años, aunque la última edición se la hubiera llevado un «Ford».

Montó en él y salió tranquilamente. Cualquier conocido que le hubiese visto habría pensado: «¡Cómo ha mejorado de fortuna ese tío! ¡Seguro que no paga los impuestos!».

No tuvo dificultad en encontrar de nuevo a Aline. La hizo subir al «Porsche» y rodaron a gran velocidad, dejando atrás los campos relativamente fértiles, cargados de almendros, para introducirse de nuevo en la zona áspera de los farallones.

Al principio ella no se atrevió a hablar. Sus ojos estaban perdidos en el vacío, quizá porque se daba cuenta de que aquellos minutos eran decisivos. Al fin musitó:

—¿Has tenido alguna explicación con el senador?

—Sí.

—¿Y qué?

—Me ha regalado este coche.

—Estoy hablando en serio, Ban.

—Bueno, las cosas no han sido tan pacíficas como yo hubiera podido esperar. He tenido que matar a dos hombres.

—Ban...

Los labios de Aline habían temblado. Estaba tan pálida que su hermoso cuerpo parecía haber perdido de repente toda la vitalidad. Mientras evitaba mirarle, susurró:

—¿Pero te das cuenta?...

—Me doy cuenta de que sólo soy un perro al que han condenado a muerte, Aline. Un perro rabioso al que buscan todos los laceros de América.

Ella le miró ahora directamente, pero había en sus ojos una especie de muda desesperación.

—Ban —dijo al cabo de irnos instantes—, tú eres el único testigo de que una conspiración se está preparando contra el presidente de Estados Unidos. Cuando tú revientes, nadie más lo sabrá. Quedarán perdidos una serie de cabos sueltos, una serie de datos, pero nadie llegará a saber a tiempo que existe un plan coherente, nadie tendrá atados en su cerebro todos los hilos como en este momento los tienes atados tú. Por lo tanto, deben eliminarte. ¡Tienen que hacerlo! No vas a tener la menor oportunidad de escapar después de lo ocurrido en casa del senador, como tampoco voy a tenerla yo. Estamos perdidos.

Bannister detuvo un momento el coche junto a un cruce de carreteras. Aquello estaba tan solitario como el desierto de Gobi. Vio que había un paquete de «Graven» en la guantera del coche y encendió un cigarrillo con movimientos perfectamente tranquilos. Su mano no temblaba.

—Hay una solución —musitó, mientras expulsaba una columnita de humo.

—¿Qué solución?

—A media milla de aquí existe una pequeña estación de ferrocarril. Sólo paran los trenes de mercancías y los correos, pero alguno podrás tomar. Al menos podrás ponerte a salvo y hablar con los del Los Ángeles Times.

—¿Y si no me creen?

—¿Por qué no van a creerte?

—Porque, después de lo que ha sucedido, tengo que acusar a una persona concreta. Tengo que acusar al senador Portland, y ése está muy alto. Demasiado alto.

—¿Quizá el periódico no se atreva con él?

—Querrán algunas pruebas más, ahora pienso en ello. Quizá lo piensen durante unas lloras, y esas horas pueden ser fatales para nosotros.

—De acuerdo, pero mi plan tiene al menos una cosa buena: tú te salvarás.

Ella le miró con ojos extraviados.

Sabían que eran como dos condenados a muerte, que estaban solos en la soledad, de aquel mundo hostil donde no existía escapatoria.

Y entonces Aline negó con la cabeza.

Negó casi dulcemente.

—No, Ban —dijo—, no lo haré.

—¿Estás loca? ¿Qué prefieres? ¿Que reventemos juntos?

—De momento prefiero una cosa mucho más sencilla.

Y tendió los labios hacia él. Unos labios turgentes y rojos. Le ofreció su cuerpo poderoso y joven. Sus curvas llenas de vida. Su aliento de mujer que pronto no existiría.

Era como si a los dos los empujara la máquina del Destino.

Como si los aplastara con su pesa.

Sus bocas se unieron.

Sus pensamientos se cruzaron.

En sus cuerpos vibraba la tensión de quien sabe que dentro de poco ya no va a vivir.

Ella sonrió al fin.

Dijo con voz ahogada:

—Bueno, parece que definitivamente estamos en la misma nave, Ban. Los dos nos ahogaremos juntos.

Él no se acordaba ya de que el cigarrillo se consumía en el

cenicero. Puso primera y dijo:

—Vamos a la estación. Desde allí podremos hacer dos llamadas a larga distancia.

—¿A qué sitios?

—Una a mi importante oficina de Nueva York, suponiendo que los acreedores no se la hayan llevado. Otra, al despacho del director del Los Ángeles Times. He de confiar en que nos quede tiempo.

Rodaron por un camino tortuoso, entre trigales que se perdían de vista, hasta llegar a unas vías férreas hundidas en la distancia. Eran vías que llevaban a la dorada California, al luminoso México, a las llanuras perdidas del Gran Lago Salado... ¡A mundos que aún estaban llenos de vida! Mundos muy distintos del que les rodeaba a ellos, dueños solamente de un secreto mortal, de un coche robado y de las ropas que llevaban puestas. En cuanto a sus pieles, tampoco podían estar seguros de que fueran realmente suyas durante mucho tiempo.

La estación parecía muerta y tranquila, pero había una, cabina telefónica en ella. Desde esas cabinas se puede llamar normalmente a larga distancia, de modo que Bannister entró. Casi ganó por mano a un individuo que acababa de apearse de otro coche con el mismo propósito. El individuo hizo un gesto de fastidio y Ban le pidió disculpas con otro gesto.

Con un movimiento del mentón, indicó a Aline que fuese a la cantina. Allí quizá estaría más segura y también podría comer algo.

Las nubes eran ahora bajas y filtraban una claridad plomiza. El viento mecía las cabezas de los trigales. El horizonte infinito parecía de pronto haberse hecho más cerrado, más hosco.

Bannister llamó a su oficina de Nueva York, donde, a causa de la diferencia de horario, debían estar a punto de cerrar. Una importante oficina donde una colmena de empleados trabajaba para él. Soñar no cuesta nada.

Le respondió la desagradable voz de su secretaria.

—¡No pagamos hasta la semana que viene!

—Pues yo no me fiaría ni de eso.

—¿Usted quién es?

—Soy Bannister, su amado jefe.

—Pues cuelgue antes de que llame a la policía.

—Menos bromas, «muchacha». Quiero saber lo que ocurre ahí si

vuelvo algún día.

—Han llamado de la oficina fiscal.

—¿Y qué quieren?

—Que pague usted sus impuestos.

—¡Pero si no gano dinero! ¿Qué cuerno voy a pagar?

—En el sobre dice algo que lo soluciona todo. Después de leerlo no cabe ninguna duda acerca de lo que hay que hacer.

—¿Qué dice?

—PAGA Y CALLA.

No había duda de que era toda una doctrina jurídica. Sí que se habían devanado los sesos los fiscalistas del Estado para llegar a aquella fórmula. Bannister dijo pensativamente:

—Bueno, puede que vuelva.

Y colgó.

El tipo que esperaba fuera le estaba haciendo señas, casi suplicantes. Señalando su reloj, le indicaba que tenía que tomar un tren que pasaría dentro de poco. Bannister comprendió que antes debía hacer una llamada urgente y le cedió su puesto en la cabina. Lo necesario para ir a buscar a Aline y pedirle que ella llamase al Los Ángeles Times.

Ban se alejó.

El hombre que ahora estaba en la cabina marcó un número.

Se hallaba vuelto de espaldas a la carretera contigua.

No era tan ancho como Ban, pero tenía casi la misma estatura.

Se pegó el auricular al oído derecho.

Y en aquel momento la bala calibre 22 hizo dos agujeros. Uno, en el cristal de la cabina; otro, en la nuca del hombre.

Bannister lo vio arrugarse, desinflarse, convertirse en una especie de piltrafa inservible mientras saltaba de un cristal a otro de la cabina cerrada. Otras cinco balas del calibre 22 le habían dado de lleno. Era una auténtica carnicería. Los cristales se volvieron rojos.

Bannister, agazapado junto a los bancos de la estación, contempló aquello con expresión entre crispada y atónita. De no haber dejado su puesto a aquel pobre tipo, ahora estaría él ocupando su lugar. Desde la cabina no se veía apenas la carretera. Y ahora tendría cinco balas de calibre pesado en el cuerpo.

Dos empleados de la estación corrían a agazaparse entre los vagones de la vía muerta, dándose cuenta de que aquello podía ser

una masacre. Aline asomó la cabeza por la puerta de la cantina. Ban le hizo una enérgica seña para que se ocultara otra vez.

Vio el monumental «Cadillac President» color marfil que estaba detenido a poca distancia de la cabina telefónica y también a poca distancia del «Porsche». Y entonces se dio cuenta Ban del terrible error que había cometido: dejar el «Porsche» allí, en un lugar tan visible. Era como si hubiera dicho a sus enemigos: «Estoy aquí, venid a buscarme».

Además, ahora ya no podía llegar hasta aquel automóvil porque el «Cadillac» le cortaba el camino. Y él volvía a estar sin armas. Pensar que tenía alguna posibilidad de escapar de aquella encerrona era tan ingenuo como pensar que de un momento a otro iba a aparecer un marciano.

¡Pero si al menos Aline consiguiera salvarse! ¡Si al menos quedara ella viva para algún día poder hablar!

Por eso Ban atrajo exclusivamente hacia sí mismo la atención de los pistoleros. Por eso saltó hacia la carretera. Y entonces los rifles calibre 22 volvieron a ladrar desde las ventanillas del «Cadillac».

Las balas le siluetearon, pero Bannister no era ya un hombre que estaba quieto en una cabina de cristal, sino una especie de liebre que saltaba entre los trigales a cien millas por hora. Fue tragado por la espesura y desapareció. Unos segundos después, el «Cadillac» marfil se detenía en el punto exacto donde él se había esfumado. Tres hombres armados con rifles aparecieron sobre las espigas.

Tenían la clásica pinta de los *sheriffs* gordos del Sur, el aspecto de matones de población pequeña. Tranquilos y seguros de sí mismos, eran unos auténticos cazadores de hombres que sabían que estaban en una tierra de su pertenencia. Nadie les pediría cuentas allí. La ley de ciertas poblaciones del Oeste es todavía la ley del politicastro más fuerte.

Uno de los hombres hizo una seña a los otros dos. Se abrieron en abanico. En los trigales silenciosos resonó el «craaac», «craaaac» de sus pisadas sobre la tierra seca. Parecían tanques en pleno avance. Los cañones de sus rifles segaban las espigas.

Bannister comprendió que se lo tenía que jugar todo a una carta.

Si seguía estando quieto le atraparían. Por lo tanto, había de pelear. Y eligió el enemigo de la izquierda porque era el que tenía más cerca.

Se movió entre los trigales como una serpiente.

El del rifle apenas le vio.

De repente notó que algo se aferraba a sus piernas. Una mano le golpeó brutalmente detrás de las rodillas y le hizo caer. Dos dedos en forma de horquilla fueron a sus ojos.

Y los dedos funcionaron igual que dos punzones.

Bannister sintió a la vez lástima, rabia, asco. Pero aquel tipo, al fin y al cabo, sería tal vez el que mejor librado saldría, porque aún podría recuperar la vista con un poco de suerte. ¿O no?...

Bannister nunca sabría eso si no se movía. Tenía que aprovechar las décimas de segundo, tenía que matar a un hombre con cada pulsación de su sangre. Después de haber hundido los dedos en los ojos del otro, alzó el rifle que había tenido que soltar. Veía entre los trigales las dos moles humanas que venían hacia allí.

Seguía siendo una cacería, pero con la diferencia de que ahora el conejo también tenía un arma. En la cercana cantina, quizá para evitarse conflictos y para poder decir luego que nadie había oído nada, alguien puso a todo volumen una máquina tocadiscos. Una música estridente se extendió por la llanura. Música para los muertos.

Los hombres movieron los rifles.

No veían a Bannister.

Ni maldita falta que les hacía.

Bannister disparó dos veces. Lo hizo instantáneamente, con la rapidez y la furia que da la desesperación. Y sus dos balas de calibre 22 fueron de efectos fulminantes.

Uno de los dos hombres se llevó las manos al estómago mientras lanzaba un terrible alarido. Disparada desde tan corta distancia, la bala le había salido por la espalda, lesionándole la columna vertebral. El individuo había visto tantos muertos que supo perfectamente, ya en el momento de caer, que aquello no tenía remedio.

El otro se llevó el riñe a la cara.

Quizá hubiera tenido tiempo de disparar, caso de no ser tan pesado y tan gordo. En todo caso se quedó con la duda. La bala le penetró por una sien y le salió por la otra.

Ban salió entonces de los trigales, llevando el rifle en la derecha. Vio que en el «Cadillac» no quedaba nadie, pero por la carretera

avanzaba el poderoso «Fiat 130»..., ¡conducido por un hombre al lado del cual iba el senador Portland!

Bannister se dio cuenta del peligro. Supo que otra vez tenía todas las desventajas, pero no lo dudó. Alzó el rifle y apretó el gatillo.

Adiós al senador Portland.

Adiós al ilustre «gran político» que iba a cambiar Estados Unidos.

Al diablo con él.

El percutor saltó.

Y entonces se dio cuenta Bannister de que ya no quedaban más balas en la recámara del rifle. Un «tlic» sonoro se extendió sobre los trigales bañados por la música.

CAPÍTULO XIV

HUYE, RATA

Los dientes de Bannister entrechocaron. Ahora se dio cuenta de que volvía a estar perdido otra vez. El «tlic» del rifle repercutió en su cerebro como el ruido que hubiera podido hacer la losa de su tumba.

El «Fiat 130» avanzaba raudo hacia él. Es un coche poderoso, severo, seguro, que en Europa hace la competencia a los «Mercedes» y a los veloces «BMW». Bannister se dio cuenta de que iban a arrollarlo para que luego el senador no tuviera que molestarse ni siquiera en dar explicaciones. Saltó con la agilidad de un atleta y se perdió entre los trigales otra vez, saltando sobre los muertos, mientras el «130» se detenía con un brutal chirrido de frenos.

Había otro camino secundario a poca distancia de la carretera principal, cruzando los trigales. Ban comprendió que podía llegar hasta allí. En el *parking* de la estación se hallaban varios coches y tal vez podría hacerse con uno para huir. Pero antes tenía que llegar, y la línea recta hacia el *parking* pasaba por aquel camino.

Bannister volvió a saltar. Después de todos aquellos movimientos veloces, casi espasmódicos, le estaba faltando el aliento. Patinó sobre el asfalto, cayó, se puso de nuevo en pie, fue a correr de nuevo...

El corazón le latía locamente dentro del pecho.

Sabía que dentro de poco no iba a poder más. Cuando uno marca su propio ritmo, puede resistir, pero aquel ritmo alocado rompía los músculos de cualquiera. El detective miró la estación como el náufrago mira la única tabla que flota en el océano. Allí

estaba m, salvación, allí estaba la única cosa que...

El coche se detuvo entonces ante él.

Era uno de los que había visto en el colmado garaje del senador. Era el «Spitfire» descapotable.

Y en el asiento del conductor se dibujaban unas opulentas piernas.

Y el volante era casi aplastado por un cuerpo de calibre superior.

Y ante el parabrisas había unos labios tentadores.

Y unos ojos brillantes.

La hija del senador Portland le dijo con voz entrecortada:

—Vamos, ¿a qué estás esperando? Te llevaré conmigo y te sacaré de este apuro. Muévete de una vez. Huye, rata...

* * *

Bannister no había esperado aquello, pero la verdad era que tampoco podía elegir. Allí estaba su oportunidad, después de todo. La chica no quería que su padre, además de estar metido en tantos líos, se convirtiera en un sucio asesino. Por eso le ayudaba a huir.

El subió al coche.

Por fin podía respirar un poco bien. Clavando en la muchacha una mirada de gratitud, dijo:

—¿Por qué haces esto?

Ella seguía sin llevar más que el bikini, si es que aquello lo era. Mientras arrancaba a gran velocidad, sacándole casi siete mil revoluciones al poderoso motor del «¡Spitfire!», murmuró:

—No quiero que esto continúe. Ya no puedo más. ¡No puedo más!

—¿Sabes que tu padre está metido en un buen lío?

—Pretendo que lo olvides.

—¿Y por qué había de olvidarlo?

—Si te salvo es sólo por eso. Favor por favor.

—¿Mi vida a cambio de mi silencio?

—Llámalo como quieras. Lo cierto es que la conspiración ya no va a seguir adelante. Mi padre la dará por fracasada. No intentará nunca más hundirse en una ciénaga semejante. Habrá sido una buena lección para él, pero tú debes olvidarlo. Olvidar todo lo que has visto.

Bannister cerró un momento los ojos, mientras le dominaba el

vértigo de la velocidad. Se dio cuenta de que la petición podía no ser razonable, pero al menos era muy humana. La chica le sacaba del atolladero a cambio de la vida y el honor de su padre. ¿Era un precio que se podía pagar? Por lo menos Bannister estaba seguro de que difícilmente le quedaba otra opción, a menos que destrozara también la vida de aquella muchacha. U olvidar aquel baño de sangre o no olvidarlo, pero causando también en este caso una nueva víctima.

Mientras movía afirmativamente la cabeza, dijo:

—Creo que mereces eso. Es lo menos que puedo hacer por ti. Pero no sólo quiero mi vida, sino también la de la mujer que me acompaña.

—Por supuesto, el trato también la incluye a ella. ¿Dónde puedo dejaros?

—Recógela junto a la estación. Ella está en la cantina. Luego nos puedes llevar al aparcamiento de autobuses de Garrington. Es un sitio muy concurrido y nadie se atreverá a atacarnos allí. Una vez estemos a salvo, y si tu padre no mueve un dedo más, puede que me olvide de todo lo que he visto.

—¡Tienes que olvidarlo, Bannister!

—He dicho que lo intentaré.

Ella remontó a gran velocidad el camino de tierra que llevaba al paso a nivel y a los andenes de la pequeña estación. Pero en este momento la barrera fue bajada. El «Spitfire» casi chocó con ella. Bannister ahogó una maldición.

Porque junto a la barrera acababa de aparecer otro individuo con un calibre 22.

Otro tipo con barriga de *sheriff* del Sur.

Y con la muerte brillándole en los ojos.

Bannister se dio cuenta de que ya no podía seguir luchando. De que estaba acorralado por los cuatro costados. De que aquello era el fin.

Si resistía, aquel buitre aún mataría a la muchacha.

—Parece que he perdido —dijo, con voz extrañamente calmosa—. Ahora sí que es seguro que me voy a olvidar de todo.

Y miró la boca del rifle que ya le apuntaba entre los dos ojos.

Pero había algo con lo que no contaba.

No contaba, por ejemplo, con el cañón de aquel revólver

posándose en su costado.

¿De dónde infiernos lo había sacado ella, si sólo llevaba un bikini? ¿De debajo del asiento?

Claro que esa pregunta no tenía respuesta, y la verdad es que la respuesta tampoco importaba. Porque había otras cosas con las que tampoco había contado Ban. No había contado, por ejemplo, con los ojos odiosos de la chica, unos ojos que habían cambiado en cuestión de segundos. Ni había contado con aquella voz.

—¿Pero es que de veras has pensado que iba a ayudarte? —preguntó la muchacha—. El que de veras quería ayudarte era el idiota de mi padre, pero tú has huido de él. Soy yo la que mueve los hilos de todo esto, amor. Soy yo la QUE MANDA, la que decide. Soy yo la que mata.

CAPÍTULO XV

UN AULLIDO EN LA LEJANÍA

Por el cerebro torturado de Bannister, por sus nervios rotos, por sus facciones crispadas pasaron dos brutales estremecimientos. Fueron como dos espasmos, pero entonces todo cesó. Una especie de calma maléfica se adueñó de él. La sensación de que ya estaba muerto hizo que echara la cabeza hacia atrás y cerrase los ojos.

Ahora se daba cuenta, de algunas cosas.

Por ejemplo, de que el senador había querido darle un escarmiento, pero no matarlo.

Por ejemplo, de que había hecho a Aline unas declaraciones bastante conciliadoras.

Y luego, tras el paréntesis de la comida, otras declaraciones explosivas que hubiese firmado el propio Adolf Hitler.

Señal de que en ese tiempo alguien le había inspirado.

Por supuesto, alguien que estaba junto a él.

¿Quién?

Bannister lo comprendía ahora.

Pero demasiado tarde.

Como un eco lejano, la voz de la muchacha llegó de nuevo hasta él.

—Mi padre es un hombre irresoluto, tímido, un hombre que no sirve para nada. No se ha dado cuenta de que el país está cambiando día a día, de que es el momento de actuar, de saltar barreras, de eliminar estorbos... ¡No se da cuenta de nada! He tenido que ser yo la que moviera a sus amigos políticos, a hombres audaces que comprendían que había llegado la hora de la decisión.

He tenido que ser yo la que ha usado su dinero. La que ha convencido a policías influyentes, a hombres de la CIA y del FBI. La que ha hecho entrenarse a pistoleros expertos. La que, en una población abandonada llamada Moreland, hizo matar a una pareja para que los asesinos ya no pudieran volverse atrás. Para que estuvieran vendidos a mí en cuerpo y alma. Eran los que habían de disparar contra Ford y su esposa en el desfile del próximo Día de la Independencia, el próximo 4 de julio. ¡Por eso necesitábamos blancos vivos! ¡Teníamos que ensayar hasta el fin y usábamos para eso gente a la que nadie reclamara, vagabundos y prostitutas, gentuza que no merece vivir! ¡Sólo nosotros, los puros, tenemos derecho a gobernar esta tierra! ¡Las prostitutas como tu sucia cliente no tienen ningún derecho! ¡Ni al aire que les rodea! Ni lo tienen los de las razas inferiores. Ni los sucios judíos. Ni los que defienden la paz como si la paz se pudiera defender con algo que no sea la guerra... ¡Eso es lo que nosotros buscamos, lo que queremos! ¡El Nuevo Orden que ha de cambiar América! ¡Hay que dominar a los zarrapastrosos latinos, a los hombres y mujeres que no hablan inglés! Y a los cerdos como tú, los que les apoyan... A los hombres que estaban entrenados para matar a Ford los acabas de liquidar tú hace un momento y por eso el atentado es imposible ahora, pero vas a pagar esto. Vas a pagarlo cien veces, hiena... ¡Vas a reventar!

Y fue ella la que se dispuso a apretar el gatillo, porque quería tener aquel honor. Pero estaba muy equivocada si pensaba que Bannister era un novato, un pajarillo. Bannister estaba sentado junto a ella y disponía de un arma que era su codo. Lo movió. Desvió brutalmente el revólver en el instante en que éste disparaba. La bala se cargó el volante.

Lástima de coche.

Era caro, después de todo Ella lanzó un alarido.

O al menos creyó que lo lanzaba.

La bala del calibre 22 atravesó el parabrisas entre sus dos cabezas, pues el asesino que estaba en el paso a nivel acababa de abrir fuego también, pero Ban no era tan tonto como para mantener quieta la cabeza. El cristal quedó convertido en una especie de pasta blanca. Y la muchacha volvió a chillar mientras alzaba el revólver.

Fue lo peor que podía hacer.

Bannister pudo desviarlo en el aire. Pudo sujetar con sus dos

manos la mano femenina y emplear el revólver como si fuera suyo. La bala partió la mandíbula del fulano que corría hacia el «Spitfire» con su rifle.

Bannister lo vio rodar terraplén abajo...

Y vio también el fantástico salto de la mujer. Fue un salto de gacela, de tigresa en celo. De un coche cerrado no hubiera podido escapar, pero el descapotable le permitió aquel fantástico salto. Bannister la vio pasar por encima de la barrera del paso a nivel. Era como una imagen maravillosa y maligna a la vez. Era...

Sus facciones se desencajaron.

Aulló:

—¡Cuidado!

Hasta aquel instante había pensado que la barrera del paso a nivel había sido bajada por el asesino que ahora yacía con la cara destrozada, pero se dio cuenta de que no. La barrera había sido bajada porque un tren llegaba. Un tren expreso que no paraba en la pequeña estación y que venía lanzado a ciento ochenta por hora.

El grito de Bannister se perdió es la lejanía.

Y el aullido de la muchacha.

El largo aullido del Más Allá.

Se había metido sin darse cuenta es el mismo centro de la vía. El tren la había partido en pedazos.

Bannister se secó las gotas de sudor que perlaban su frente.

Tenía la boca espantosamente seca.

No se atrevió a seguir en el coche y fue a pie hacía la calle. No quiso mirar. No quiso mirar tampoco el coche del senador que aún estaba lejos.

—Lo siento —bisbiseó—. A lo mejor, en las próximas elecciones voto por él y todo. Necesita alguna compensación.

Y fue adonde estaba Aline.

Ella le miraba con los ojos brillantes.

Jadeando.

Dándose cuenta de que todo había cambiado en unos segundos.

De que la conspiración había fracasado del todo. De que ya no existía, al menos por aquel lado, el peligro mortal para el país. Estaba segura de que el presidente Ford se lo agradecería.

Y, en efecto, cuando regresaron a la humilde oficina de Nueva York, cuando ella quiso conocer el ambiente de Bannister, porque

en él pensaba centrar su vida, encontraron una carta de gratitud. Se la entregó la secretaria con mirada agria.

—Aquí tiene, jefe —dijo—. Es la cuarta vez que llega.

Bannister abrió el sobre.

Quizá el presidente ya se había enterado de algo, pese a que ningún relato periodístico ni ningún informe oficial se habían redactado aún. Quizá pensaba invitarle a cenar junto con Aline en la Casa Blanca.

Pero en lugar de eso encontró un papel de la Oficina Fiscal.

El papel decía:

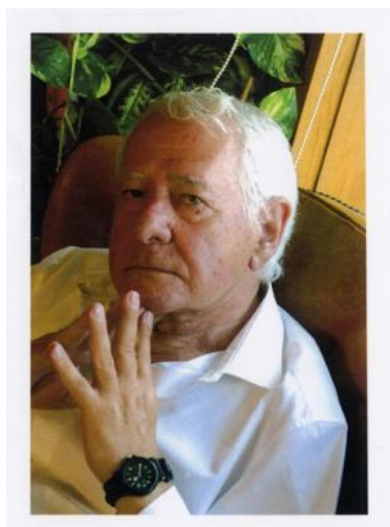
«Pague usted sus impuestos atrasados o será embargado en nombre del presidente de Estados Unidos».

Bannister arrugó el papel.

Sentía una cosa amarga en la boca, pese a la colección de besos que le había dado Aline antes de entrar allí.

Pero no se lo contó a nadie. Él había deshecho una conspiración para matar, pero ahora tendría que organizar cuanto antes una conspiración para no pagar o estaba listo...

FIN



Francisco González Ledesma (Barcelona, 17 de marzo de 1927, 2 de marzo de 2015) fue un periodista, guionista de historietas y novelista español. Especializado en los últimos años en el género policíaco, fue considerado como uno de los principales impulsores de la novela negra de corte social en España, junto a Manuel Vázquez Montalbán. Bajo el seudónimo de Silver Kane publicó más de 1000 novelas, la mayoría novelas del oeste, aunque también escribió bajo los seudónimos de Taylor Nummy y Silvia Valdemar, así como novelas románticas como Rosa Alcázar y Fernando Robles, siendo su último seudónimo utilizado en

2007-08

el de Enrique Moriel para dos de sus últimas novelas.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de

redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.